

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX

San José, Costa Rica 1929 Sábado 9 de Noviembre

Núm. 18

Año XI. No. 466

## SUMARIO

El homenaje argentino a Waldo Frank .....	Leopoldo Lugones, Alfonso Reyes y Alfredo L. Palacios Federico Gana	Poemas.....	Walt Whitman
La señora.....		Mensaje de la Sociedad Eugenio María de Hostos.....	Magda Portal
Bibliografía titular.....		El ideal emancipador de Puerto Rico.....	C. Picado T.
El triunfo de la fiera.....	J. Fernández Montúfar	J. M. Keith.....	Luis E. Heysen y
Carta whitmaniana.....	Waldo Frank	Cartas.....	Victor Guardia Quiros
El otro Whitman.....	Jorge Luis Borges	El Popol-Vuh.....	Victor M. Cañas
La doctrina de Sarmiento.....	Leopoldo Lugones	Estampas.....	Juan del Camino
		Tablero (1929).....	

El banquete realizado anoche en honor de Waldo Frank tuvo las intensas formas de un acto extraordinario, de un instante rara vez igualado entre nosotros. La representación más significativa de nuestro mundo intelectual rodeaba las amplias mesas que presidía, en medio de un salón colmado, la imagen patriarcal de Walt Whitman. La joven literatura y los más notorios nombres de los círculos artísticos de esta ciudad tributaron durante todo el acto al ilustre autor de City Block un homenaje rotundo y simple.

...Ocupaba la cabecera el escritor norteamericano, a cuya derecha se sentaron el presidente del Instituto Cultural Argentino Norteamericano—organizador del acto—, Dr. Alfredo Colmo; el embajador de Méjico, D. Alfonso Reyes; el Dr. Coriolano Alberini, y a la izquierda de Waldo Frank ocuparon sendos sitios el presidente de la Sociedad de Escritores, D. Leopoldo Lugones; el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Emilio Ravignani; los Doctores José Arce y Enrique Gil y D. Alberto Gerchunoff.

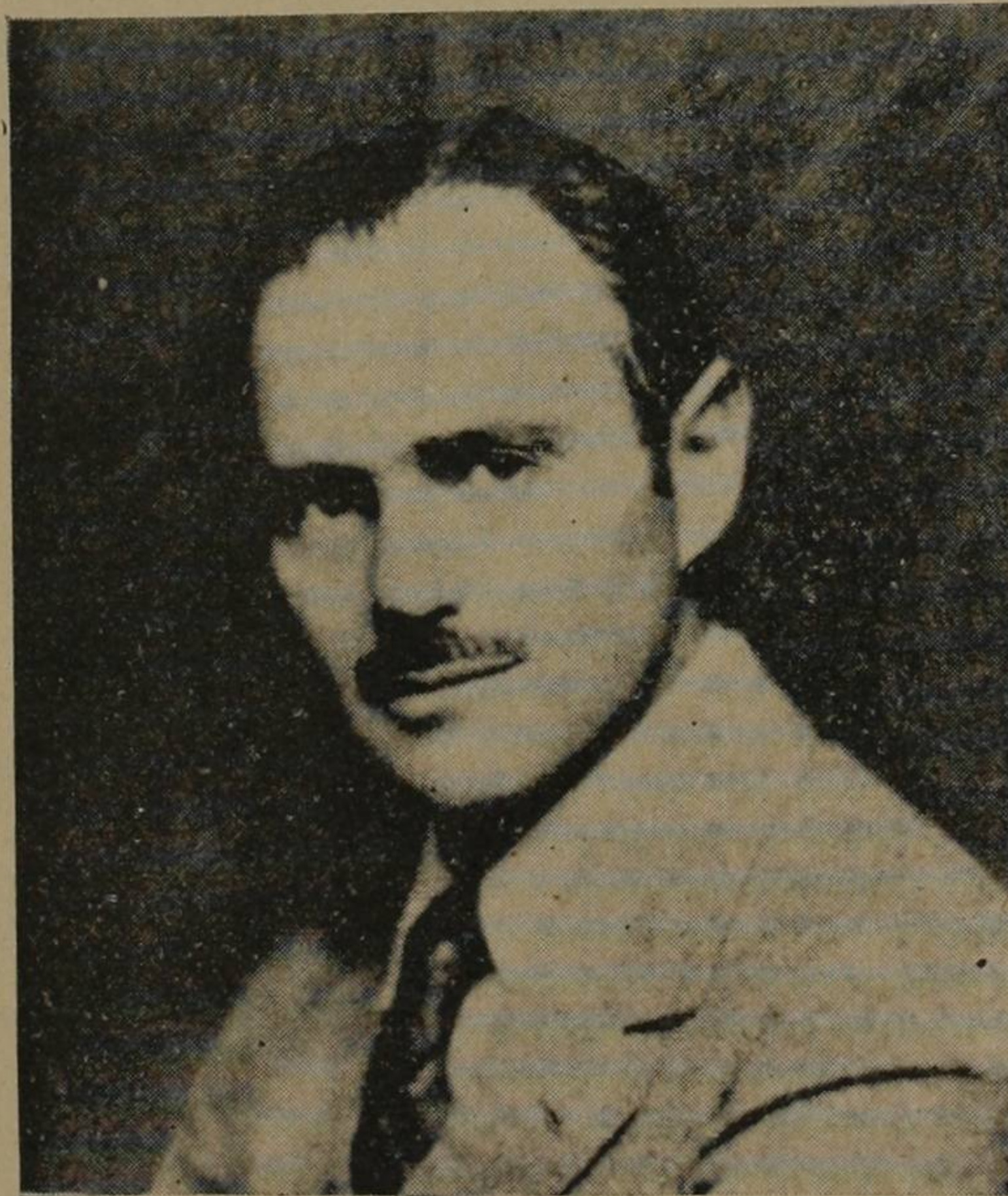
En nombre del Instituto Cultural Argentino-Norteamericano, el doctor Alfredo Colmo pronunció un discurso que comenzó con estas palabras:

En su afán de intercambio cultural, el Instituto, que ya ha llevado a los Estados Unidos de la América del Norte su propósito y su palabra, ha querido traer al país el pensamiento y la expresión de un norteamericano. Aquí de la difícil selección. Altas cumbres, de reputación hasta mundial en más de un supuesto, como Michelson, Sinclair Lewis, Mencken, Babbit, Dreiser, Carl Sandburg, John Dewey, Robert Frost y otros muchos igualmente dignos, ha podido hallar en los campos de la ciencia, el arte, la novela, la crítica, la historia la poesía, la filosofía y no sé cuánto más. Prefirió a Waldo Frank porque puede figurar junto a

## El homenaje argentino a Waldo Frank

Los discursos de Lugones y W. F. en el banquete del City Club de Buenos Aires

= De La Nación. Buenos Aires Setbre. 25-1929 =



Waldo Frank

los nombrados y porque, entre otros motivos, se halla bien compenetrado de esta casa ampliamente americana, que tan hondo habla a nuestras convicciones y sentimientos, a cuyo respecto ha emitido juicios de quilates subidos y de propia originalidad.

Es que la personalidad de Waldo Frank despierta simpatía inmediata. Como todo hombre que vale, y reconozco excepciones, es un espíritu poliédrico. Junto al artista, que devela y hace resaltar tesoros de belleza, está el sociólogo y filósofo, que analiza instituciones y pueblos. Su paleta de mil colores, cuando describe y pinta, se conjuga con su frase de orfebre, que burila y cincela. Su pensamiento, centellante y vivaz, se concreta en categorías marmóreas de estable solidez. Sus juicios son como sentencias. En expresión como nerviosa o en-

trecortada, cada uno de ellos se ofrece, como obra esculpida, con sentido cabalmente integral.

Digan otros sus virtudes de artista o de psicólogo individual y social en los problemas sutiles de sus cuentos y novelas. Hagan otros resaltar sus condiciones de intuición y su fondo de esencial religiosidad. Yo quiero limitarme al aspecto de él que más interesa para el caso: al observador y analista, al sociólogo y filósofo. Cómo se adentra en las cosas, cómo ve hondo en fina penetración, cómo tiene visiones panorámicas tan grandes y complejas en la vida de los pueblos, es fácil descubrirlo en cualquiera de sus libros sobre su país y sobre España, ya traducidos o en vías de serlo. Valga este dato como simple ejemplo: «¿A qué atribuye—le preguntaba yo—la diferencia tan marcada entre las dos Américas: la sajona y la latina?» Y me respondió: «La latina procede más inmediatamente de la Edad Media.» Traduzcan ustedes: doscientos años de diferencia entre la civilización de España y de Inglaterra cuando la conquista.

Nada de ello es posible sin una dosis bien asimilada de cultura de primera agua. Es lo que pasa. Waldo Frank está al cabo de cuanto pesa y decide en el acervo cultural del mundo: ciencias, historia, filosofía, religión, letras, artes; todo concurre en él, en superior dominio, para sus inferencias y conclusiones. La entropía y Einstein, para limitar la cita, se codean con Spengler, Rousseau o el mismo Platón.

El Dr. Colmo terminó diciendo:

Formulemos votos, entonces, para que este analista de hechos y creador de ideas, para quien la conjunción de las Américas es un postulado a realizarse por encima de todo, en visión soberana de síntesis espiritual de naciones, pueda lograr aquí piedras miliarias para ese soberbio edificio que ya van gestando sus hondas aspiraciones. Al abrirle nuestros brazos, para el saludo cordial y fraternal, abrámosle los corazones: que nos vea en nuestra naturalidad prístina, que nos conozca en los silos más recónditos de nuestro determinismo, y nos dé luego el filtro en que habrá de concretar sus conclusiones y esperanzas.

Entretanto, y mientras aguardamos con ansia incontenible su palabra y su enseñanza, limitémonos a decirle: Waldo Frank, entrad en nuestra casa y haced de ella vuestro hogar, porque nuestra casa es no sólo nuestro hogar, sino también la casa y el hogar de quien, como vos, es nuestro amigo, nuestro hermano y nuestro maestro.

*Cerrados los aplausos que siguieron a las palabras del Dr. Colmo, D. Leopoldo Lugones pronunció el siguiente discurso:*

Mi querido señor: Traigo a usted el saludo de la *Sociedad Argentina de Escritores* y el mío, muy cordial, proponiéndome aprovechar este cumplimiento para decir unas cuantas cosas útiles: con lo que empezaremos por evitar las palabras vanas, que son pecado para la religión y la belleza. A esta deidad tutelar queremos desnuda como la luz, que así es tan limpia, alegre y púdica. Y como para acogerlo a Vd. mejor deseamos mantenernos en un sencillo regocijo, preferiremos al voto glorioso sobre el ara de Atena la suavidad de aquellas violetas confidenciales que los devotos de Aglaura—entre ellos Platón—llevaban a la capilla vecina. Sentados en la grada marmórea celebraremos el convite de la amistad con un racimo de uvas y un puñado de almendras. La conversación será armoniosa, y frente a nosotros se dilatará la serenidad de la mar purpúrea.

Quien sabe como Vd. describir los pueblos y los hombres, tomándolos por el alma, y juzgándolos con tanta equidad, a comenzar por el suyo, es un luminoso mensajero de concordia. Esto nos hace mucha falta, pues andamos padeciendo un grande equívoco. Somos dos Américas desentendidas, aunque comprenden la conveniencia de entenderse. Faltan, pues, o mejor dicho, requiérese penetración y talento, entusiasmo y rectitud, ingenio y cordura. Vd. los posee y por esto lo hemos llamado. Hay, asimismo, en usted la comprensión latina que es predisposición gentilicia de Israel desde Filón hasta Enrique Heine. Y estos pueblos son latinos y católicos. Nuestra formación mental es, en consecuencia, estética y requiere la apreciación de un artista. Nadie como usted, señor, para este lúcido desempeño. La verdad y hasta la política son en usted emociones de belleza. Cómo, si no, habría podido Vd. descubrir el poeta que había en Lincoln y el político que acaudillaba en Whitman. Interesábase también que fuera usted un hombre de ideas renovadoras; un izquierdista, como dicen hoy; un anarquista si Vd. gusta. Mejor. No habrá sino ventaja mientras más libre sea un hombre de talento. ¡Ni qué otra cosa sino agitador va a ser un hombre de talento comunicativo! Fué un poeta imperial, militarista y conservador, quien sentenció para siempre: *Mens agit mollem*. Las ideas no son nocivas sino en los necios. Y más todavía para ellos que para los otros. Parécenos, pues, muy bien que Vd. disienta con muchos de sus admiradores, y yo empiezo a predisponerme para ser, si viene a mano, el pedernal de su eslabón. Así nos apreciará Vd. sin ambages, como queremos. Y sacarle chispas a Vd. es sacar belleza, a fe mía.

Por otra parte, a fuer de buenos argentinos, sabémoslo a Vd. excelente americano. Esto nos basta. Estoy muy cerca de su pensamiento al decir que un patriota es un constructor: lo contrario, pues, de un sistemático habitante de casas viejas; pero tampoco un demoleedor sistemático. Tenemos todo un continente para construir; y en más de una extensa comarca,

no hemos empezado todavía a allegar los materiales. Excederíamos la insensatez de Babel si nos pusiéramos a reñir antes de trazar siquiera el plano.

Mas, lo cierto es que estamos desentendidos. Antes de nada, pues, hay que rectificar esta situación. Ahora bien, el mejor modo de entendernos, es averiguar en qué nos desentendemos. No pretendo hablar, por cierto, en nombre de ningún país, ni referirme a otro que al mío. Considero impertinente y vaga cualquier representación continental, sobre todo si uno mismo se la confiere. La colaboración más útil al propósito común consiste en que cada cual se ocupe bien de lo suyo.

Paréceme, pues, que acá el error inicial consistió en creer que lo más digno de imitar en los Estados Unidos era su Constitución. Esto se explica. El siglo XIX fué, sobre todo, político, porque creyó que en la política estaba el secreto de la felicidad humana. Atribuimos, pues, eficacia universal a esa ley que era, por el contrario, una particularísima creación de los Estados Unidos y la introdujimos sin vacilar, descuidando lo realmente imitable, que era el método de trabajo aplicado a la construcción del país. A pesar de las apariencias, aquello comportó, pues, un desacuerdo. Irremediable desacuerdo, porque era esencial. Baste un solo ejemplo.

Apenas habrán instituciones más genuinamente americanas que la Suprema Corte y el Senado, sendas invenciones del genio nacional, abrevado en dos fuentes que acá no existen: la inspiración bíblica que recuerda en aquel tribunal el gobierno de los jueces de Israel, y la índole deliberativa, que desde la conversación privada hasta la tragedia teatral, y desde la familia hasta la religión, equilibra la estructura británica. Puede decirse que todo es parlamentario en los países anglosajones. El criterio ponderativo, basado en la utilidad de entenderse para proceder de acuerdo, es decir, con el máximo provecho común, conforma igualmente al parlamento inglés, cuyos miembros no se baten, y al Congreso de los Estados Unidos, que, entre todos los del mundo, registra el menor número de desafíos mortales.

Entre nosotros, nada de aquello. Nuestro cristianismo no es bíblico, sino católico: una conciliación entre la libertad moral y la autoridad teológica, que sólo exige el respeto de los símbolos. Nuestros debates parlamentarios son espectáculos estéticos. Se acude a ellos para oír hablar bien; de suerte que el resultado de la deliberación no es un convencimiento sino un triunfo. Apenas ha desaparecido de nuestro Congreso la elocuencia, éste carece de objeto. Se ocupa en desaparecer...

Por esto somos autoritarios y personalistas: índole que al reaccionar como se va viendo en las naciones semejantes, determinará una recti-

ficación general. Ahí es donde puede intervenir para desunirnos un defecto peculiar de la América anglosajona: el proselitismo puritano en cuya virtud quiso imponer Wilson al mundo el sistema democrático de gobierno. Así está en vigencia desde su administración el propósito de no reconocer en América ningún gobierno de origen irregular por lo ajeno a la sanción del sufragio. Esta disposición es para nosotros una impertinencia garrafal. Comprendemos su buena intención, como en la doctrina de Monroe, que es otra declaración de misión. Pero nos veja porque quiere imponernos el bien, cuando nuestro sentimiento de la libertad comprende el derecho de hacernos daño. Porque en nuestra índole artística, nosotros no queremos la libertad para aprovechar la vida, sino para buscar la gloria. Y esto obedece también a causas profundas.

La Conquista, de que ambas Américas proceden, fué en la vuestra una empresa y en la nuestra una aventura. Por tal razón, aquello ha prosperado antes que esto. Sólo ahora empezamos a emprender la explotación de nuestro suelo. Para esto necesitamos que la América de allá nos ayude con su experiencia superior, sin estorbarnos con su ideología. Pongámonos a construir nuestra casa con nuestro plan. Paréceme que ha llegado el momento de sustituir la fórmula de América para los americanos, lograda ya, además, con la de América por América. Pero esto, bien entendido, cada cual a su modo. Sin alianzas ni dogmas. Solamente por la dicha de vivir. Como una obra de arte.

Creo, señor, que estamos de acuerdo, y a esto respondió mi evocación inicial. La construcción que decíamos será un acto de belleza; es decir, de proporción y serenidad. Soy de los que siempre creyeron en el idealismo de su gran patria. Ahora treinta y dos años, mi primer poema cantaba ya a Whitman entre los anunciadores de la humana concordia. Ahora doce, cuando la guerra universal, recordé el deber argentino de la adhesión al peligro generoso del gigante. Así, su «América integral», es también para mí una idea de artista.

Todo cuenta, por cierto, en el templo armonioso que esfuerza al frente sus pujantes columnas. Desde la baldosa del umbral hasta la arista del tríglifo; y desde la recogida devoción que susurra su plegaria en la sombra, hasta el grano de encendido incienso que la remonta en las alas de su perfume.

*En medio de un gran silencio, con un acento que cierta cordial vibración conmovía intensamente, habló el artista norteamericano.*

Doy las gracias al señor Colmo y al señor Lugones—comenzó diciendo—por las palabras que su cordialidad les ha inspirado esta noche. Sólo encuentro un modo de agradecerlos, un modo de mostrarlos, a vosotros y a quienes vosotros representáis, la gratitud que me embarga. Y este modo consiste en procurar con todas mis fuerzas dar a la Argentina aquello que he sido invitado a darle, y para lo que he recorrido seis mil leguas: la verdad, toda la verdad, tal como yo la veo, con respecto a mi país y a los problemas de nuestras relaciones mutuas.

Los dos hombres representativos que me han dado la bienvenida esta noche saben bien que algunas de mis opiniones difieren de las suyas. No creáis que no se dan cuenta. Reconozco con viva y pública complacencia lo mucho que su actitud les honra, así como os honra a todos

## DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

vosotros, en vuestra generosidad, que es la generosidad de los fuertes. Haré cuanto pueda por merecerla, diciendo lo que tengo que decir, sin recelos ni compromisos.

Sin embargo, no esperéis de mí esta noche un discurso en toda forma. Quiero pensar que me encuentro hoy entre amigos, viejos amigos seguramente, puesto que hace mucho os conozco en letras y en espíritu. Ahora bien: a los amigos no es posible decirles discursos. Claro es que cuenta uno con su buena voluntad, pero no por eso, el pronunciar un discurso deja de ser una ofensa imperdonable. Necesito de toda vuestra buena voluntad, y creo que cuento con ella. Porque aunque entre vosotros me siento como en mi casa, estoy muy lejos de sentirme cómodo en vuestra lengua. Por eso no quiero dirigirme a vosotros en inglés, aun cuando así me entenderais mejor. Me importa tanto el procurar hablaros en español que estoy cierto de que me lo permitiréis, perdonando mis yerros, y sobre todo mi terrible acento neoyorquino-madrileño. Más dispuestos os encontraré a la indulgencia cuando os haya declarado que mi anhelo de hablar español significa el deseo de sentirme más familiar entre vosotros. Me perdonaréis también porque no he tenido mucho tiempo para aprender vuestra lengua. Hace pocos años estuve unos cuantos meses en España; ahora, recientemente, pasé unas semanas en Méjico: he aquí todo mi aprendizaje, sin contar la lectura de libros escogidos (muchos de ellos eran libros vuestros), y, por encima de todo, mi amor por el genio de España y de la América hispana, que está encarnado en vuestra lengua. Por todas estas buenas razones no tendréis más remedio que excusarme si os torturo al torturar vuestra hermosa habla. A veces parece que los hermanos se han hecho para torturarse unos a otros.

Estoy aquí, amigos míos, en primer lugar porque soy un artista. No he venido a predicar, a implorar ni a escudriñar. Vengo aquí porque lo que más me importa en el mundo es la *creación*: la creación estética, espiritual. Y hace tiempo que vengo sintiendo la necesidad de crear algo aquí, entre vosotros, con mis propios medios y a mi humilde manera. América es un organismo potencial: un todo latente. Hasta ahora apenas puede decirse que sea algo más que una palabra. Y América tiene que ser creada por los artistas. Quiero decir artistas de todo orden: artistas del pensamiento y de la palabra, de la arquitectura y las formas plásticas, de la música; también artistas de la ley, de la concordia y de la acción. Sólo los artistas pueden crear a América, y sólo en la medida que ellos hayan cumplido su tarea de creación podrán los políticos y los críticos llevar adelante lo que haya sido creado. Sólo en la medida en que los artistas hayan creado a América podrán los pueblos de América sentir y disfrutar su propia América. Y esta es para mí la nota final: una América que pueda ser concebida, sentida y disfrutada por todos los pueblos americanos.

Ya veis cuán ambicioso soy. Lo admito. No me importa saber la parte de éxito personal que pueda tocarme en la tarea de crear a América. Lo que sé es que no hay, a mi sentir, tarea más digna de emprenderse. En lo que yo hago no hay heroísmo ni sacrificio. Simplemente estoy consagrado a la ocupación que más me agrada y más me excita. En el solo hecho de trabajar en ella encuentro mi propia satisfacción.

Yo podría, en el mundo moderno, dedicarme

**STUTZ**

**EL REY DE LOS AUTOMOVILES**

POTENCIA - LUJO - CONFORT - ECONOMIA

EXISTENCIA COMPLETA Y PERMANENTE DE REPUESTOS

**PRADILLA & Co.**

TELEFONO 3651

a muchas otras cosas. Por ejemplo, a ganar dinero o a hacerme tan popular como fuera posible, o a excitar y complacer mis sentidos. O bien podría encerrarme en la torre de marfil para comulgar con una alta y secreta musa o con algún dios superior esquivo al mundo. Pero hace tiempo que tales actividades me han parecido mucho menos dignas que la otra: la que nos solicita a todos cuantos nos sentimos americanos. Somos hijos de todos los viejos mundos. No hay una cultura mediterránea, nórdica, oriental, cuya esencia no se haya transfundido en nuestras mentes. Pero somos también los padres potenciales de una nueva cultura. Así, pues, nuestro compromiso es crear este nuevo mundo, y puesto que él ha de ser nuestra creación, ser capaces, con toda verdad, de llamarle América.

Ya veis que se trata de una obra de arte, en el más amplio y cierto sentido de la palabra *arte*. Arte implica belleza. Pero la belleza no es más que una conciencia cabal de la vida: belleza quiere decir participación consciente en la vida. La América que hemos de crear deberá ser, pues, más consciente, más vida—es decir, más bella—que cualquier mundo del pasado.

Tomemos como ejemplo a Grecia, o a la India o a Egipto. Grandes mundos, ciertamente, cada uno a su turno. Pero ¡cuán reducida porción del organismo humano de tales mundos participó realmente en su conciencia y en su belleza! En Grecia unos cuantos patricios cimentaban su bella obra sobre una oscura masa de esclavos. En la India y el Egipto sólo poseían la luz los hombres de la casta sagrada, ocultándola celosamente a la ceguera de las masas anónimas. No sólo estaba desterrada del consciente y activo esplendor de la cultura la inmensa mayoría de los hombres, sino las más de las mujeres. Aquellas no eran culturas de humanidad; sólo eran culturas de clases, de diminutas, insolentes minorías que explotaban

**NUEVA PUBLICACIÓN**

Acaba de aparecer la 2.<sup>a</sup> edición de la *Historia del Derecho* del Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, ampliada y puesta al día.

De venta en las librerías Trejos, Lehmann y Alsina, y en la tipografía «Gutenberg».

Precio para el exterior: \$ 2.50 oro am.  
Diríjanse al Adr. del *Rep Am.* Correos:  
Apartado Letra X. San José, Costa Rica.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

*Derecho Civil:*  
*Tratado de las Personas.*  
*Tratado de los Bienes*  
*Tratado de las Obligaciones y Contratos.*

Los 3 tomos, \$ 25.00  
Para el exterior, \$ 7.00 oro am.

al todo. Y en casi todos los valores y la ideología que hemos heredado encontramos este sentido de la explotación, este dualismo, esta exclusividad. Ni siquiera puede decirse que la tierra haya visto una raza de hombres que viva íntegramente bajo el fuego de la misma luz. Hasta tanto que no llegue ese día la raza humana vivirá mutilada: será como un cuerpo separado de su alma, como un cuerpo sólo en parte sostenido por el alimento y la luz, mientras en parte languidece sin ellos.

América fué fundada para producir esta cultura humana. Porque este sueño es de todos los tiempos. Semejante empresa me parece más estimulante que ninguna, ¡y encuentro tan superior a todo los demás aun la más humilde participación en tan alta empresa! Nuestro problema consiste en crear más vida. Muy en el fondo esto es la esencia de las artes: más luz y más vida. El hombre es todavía una larva en comparación con sus posibilidades. Los que no compartan esta creencia, los que piensen que la capacidad humana de desarrollo tiene un límite y que este límite ya ha sido alcanzado, no se interesarán en lo que he de decir en la Argentina. Considérese el oscuro embrión de donde nace la oruga y al fin surge la mariposa. He ahí tres etapas diferentes. El hombre se encuentra en la primera, en el huevo o embrión. Todavía sus capacidades de conocer y gozar no están suficientemente incubadas. Ni siquiera ha comenzado a arrastrarse: todavía está lejos de ser oruga. El período de pleno sol, el día eterno en que habrá de desplegar sus alas y volar está más lejos todavía. Pero todo aquel que posee la visión de ese gran día y trabaja por su advenimiento, aunque sea de modo humilde y por mera delegación, sabiendo que su carne ha de morir sin ser más que larva, todo aquel que así procede sentirá que, de cierto modo milagroso, posee unas alas anticipadas, vive ya en el sol de la vida y disfruta del eterno día.

Ya veis que os hablo abiertamente: quiero que me recibáis como hermano. Pero no haya lugar a engaño. Quiero que quede bien claro entre nosotros que si a veces doy en ser crítico—y crítico más bien áspero—mi impulso profundo es siempre el crear belleza, aquella belleza que se nutre de la verdad; crear vida, y cada vez más vida, aquella vida cuya conciencia y cuya experiencia conocemos bajo el nombre mismo de belleza.

Otro punto quiero aclarar. Yo soy, para mi propio país, un crítico sin transacciones. A tal grado que algunos extranjeros que sólo conocen un fragmento de mi obra, o unos cuantos trozos traducidos, se han figurado que no le tengo amor a mi país. Y la verdad es que todos mis obras de crítica de la vida en los Estados Unidos han sido inspiradas por el amor de mi país, y más aun, por la fe en los altos destinos de mi país. A no ser por este amor y esta fe nunca me hubiera puesto a hacer crítica: me siento mucho más feliz escribiendo cuentos y novelas. A no ser por este amor y esta fe hubiera seguido el fácil consejo que me daban muchos de mis amigos europeos—que no pueden participar en mi fe y en mi amor por los Estados Unidos—y me hubiera ido a vivir a Europa, como tantos otros artistas americanos.

Los errores y vicios de los Estados Unidos son, en mucha parte, los rasgos dominantes de todo el mundo moderno, y nada más que eso: mundo en pleno caos de transición. Pero, como espero poder mostraros, toda la era que orgullosamente se llama a sí propia la era moderna es esencialmente una era de caos y de transición

Espero aclarar en mis conferencias todas estas ideas. Para describir el empeño, ciertamente heroico, trágico, siempre renaciente, en busca del ideal americano, y para hacer ver la necesidad de que toda la América lo conciba, para eso he venido hasta aquí. Hoy sólo quiero declarar ante vosotros que si alguna vez censuro con tono acerbo los yerros y vicios de la vida moderna—acentuados en la vida norteamericana—la razón de ello está en que sólo así puedo revelar la promesa y el alto destino de mi América y de todas las naciones americanas.

Amo a mi país de un modo no oficial ni romántico. Mi amor no consiste en ver esto y dejar de ver aquello, sino en tratar de iluminar el conjunto. Es, me figuro, una especie de naturalismo. Y si soy un místico, como a menudo me oigo llamar, soy un místico naturalista.

Creo en la vida: no en los instantes de la vida que me alivian o me acarician, sino en la vida tal como es, y sobre todo tal como ha de llegar a ser. Pienso, con Spinoza, que el error y el mal no son más que insuficiencia de conocimiento. Como artista, me importa la creación de conjuntos. Y he venido, pues, hasta vosotros para poder compartir con vosotros más intimamente la tarea creadora de nuestra generación, que es la de dar ser a una América íntegra.

Semejante América, donde la conciencia y la conducta, por mucho que varíen, serán universales; donde la vida en su totalidad se confundirá con la belleza, no existe todavía. Es la revelación que todos los hombres de hoy están sedientos, esperando; la realidad a cuyo fulgor los hombres han de reconocer por fin que la vida es buena.

*Terminadas sus palabras, el autor de Nuestra América fué objeto de una sostenida manifestación de simpatía, que se prolongó cálidamente hasta el momento de su despedida.*

*Los invitados abandonaron el City Club poco antes de medianoche.*

### Waldo Frank

=De *Crítica*, Buenos Aires=

*Voltaire*, 22 de Setiembre.

Mi amistad con Waldo Frank tiene cuatro actos, y cada uno en una ciudad distinta.

El primer acto fué en Madrid, por 1923 o 1924. Frank recogía en España impresiones y documentos para su libro sobre, *España Virgen*. Traía para mí una carta del pintor mejicano Angel Zárraga, que vive en París; y a mí me pareció natural esta asociación de dos hombres que tienen cierta afinidad en la intención pura de la vida, en el aire juvenil, en esa manera—apenas definible—de ser valientes sin perder la dulzura, en la fraternidad de su mirada y de su mano abierta. Diez años antes, Zárraga, al llegar yo a Madrid, me había hecho cesión de sus amigos. Desde entonces, le debo algunas de mis amistades más preciosas. De aquel primer encuentro resultó un mensaje a los escritores de Méjico (primer contacto de Waldo Frank con nuestra América) que yo tuve el gusto de llevar personalmente.

El segundo acto fué en Nueva York, unos cuantos meses después. Yo pasaba rumbo a Europa en una rápida misión. Waldo Frank me condujo a una terracita,

## La Pluma

Revista mensual  
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE

Editores: ORSINI BERTANI & Cía. Montevideo  
Precio del ejemplar: ..... 0.40 ORO

Redacción, Administración:  
ROQUE GRASERAS 662.

en casa de sus editores Boni and Liveright, que formaba una pequeña isla de conversaciones literarias, sumergida en medio de un verdadero circo de paredes altísimas, negras y melancólicas.

El tercer acto, fué más tarde, en París, acaso en un cuarto de hotel. Ambos sentimos que nuestra amistad había madurado rápidamente, y creo, que fraguamos juntos algunos planes encaminados al mejor conocimiento mutuo entre las literaturas de las dos Américas.

La primera vez, yo estaba para salir de España; la segunda, yo iba de paso para Europa; la tercera, estaba yo a punto de regresar de París a Méjico. Siempre, hasta ahora, habíamos hablado casi entre maletas, en esos instantes del viaje en que toda conversación se parece tanto a un testamento, a una última voluntad. Por eso, tal vez, nos apresuramos a decírnoslo todo. Cada encuentro había sido como un nuevo pacto. Nos acercaban además, viejos ideales de cordialidad humana, y la fe en el sentido propio de América. Nos acercaba esa misteriosa implantación en la misma cifra del tiempo, superstición de que he hecho siempre mucho caso; ambos somos del 1889. Cedo la palabra a los astrólogos.

Un día la discusión de arduos intereses internacionales se volvió desapacible y amarga. Yo le telegrafí a Waldo Frank, de París a Berlín: «Hable Ud. amigo mío, en nombre de nuestros comunes ideales.» Waldo Frank estaba ausente y recibió muy tarde mi mensaje. Entonces me contestó una carta que conservo con emoción. «Aun no tengo autoridad—me decía más o menos—para intervenir en estos negocios que desconozco. Pero confíe usted en mí. Si yo me he aproximado a España, es porque quiero entrar por el camino real de la historia en la América Hispana.»

Y lo ha cumplido. Aprendió español. Estuvo en Méjico. Ahora viene a la Argentina.

El deseo de acompañar unas horas más al coronel Sidar, me trajo a Montevideo. Mi aviador partió esta mañana rumbo al Brasil. Al consultar los barcos para el regreso, caigo en que hoy llegó y hoy mismo ha de zarpar el *Voltaire*. Recuerdo que viene a bordo Waldo Frank. Y a esta hora los dos contemplamos juntos las aguas del Plata, haciendo recuerdos y augurios, y sacando el cómputo cabalístico de todas las coincidencias y señales providenciales que han acompañado a nuestra amistad, y que nosotros quisiéramos ver como símbolo de amistad entre las dos Américas.

Alfonso Reyes.

### La Unión Latino-Americana de Buenos Aires y W. F.

CONSIDERANDO: Que Waldo Frank en sus obras *Nuestra América y Redescubrimiento de América* ha formulado una

crítica severa, profunda y denodada de los ideales y los métodos norteamericanos que conducen la República de Lincoln al imperialismo capitalista y al avasallamiento de nuestros países, con la consiguiente extirpación de sus culturas,

Que en el *Redescubrimiento*, especialmente, analiza con clarividencia el concepto vital de los Estados Unidos y rechaza lo que considera ser su base actual: la voluntad de poderío, preconizando sea substituida por el principio de amor, lo cual permitiría realizar una integración de ambas Américas en una unidad suprema de valoración universal y de aspiraciones idealistas que consolide en el mundo el perfeccionamiento progresivo de la especie humana. Que siendo tales fines concordantes con los que persigue y se propone esta institución, la *Unión Latino-Americana*,

RESUELVE:

Expresar públicamente su reconocimiento a Waldo Frank por la obra de orientación americanista y redentora que realiza y declarar que su viaje a nuestro país puede constituir el fausto augurio de una colaboración entre todos los pueblos americanos que permita integrar la gran América como un poder internacional de liberación del hombre y de justicia social.

(f.) Alfredo L. Palacios  
Presidente

(f.) Manuel Seoane  
Secretario

Buenos Aires, 24 de setiembre de 1929.

Sr. Dr. Alfredo L. Palacios.

Ciudad.

Muy distinguido amigo:

Quiero agradecer a usted, y por su digno conducto a la *Unión Latino-Americana*, las generosas palabras de bienvenida con que han decidido recibirme en mi primera visita a Sud América. Estas palabras, con toda razón, se refieren a la vez a los aspectos de destrucción y creación que ofrece la vida de mi país. Estos dos aspectos pueden encontrarse en todos los pueblos. En verdad, ellos constituyen los rasgos comunes del mundo moderno. Y nuestra común tarea, como ciudadanos del mundo y como ciudadanos de América, es—cada uno en las capacidades de su vida individual y nacional—combatir los elementos destructivos propulsando las energías creadoras, únicas que pueden transformar el caos moderno en un verdadero nuevo mundo. Porque, si en nuestro mundo americano triunfa lo negativo, es solamente en virtud de que las formas positivas de nuestros ideales aún no llegan a madurez. Doy a ustedes las gracias por el reconocimiento de la obra constructiva que yo procuro hacer para mi país y me complazco en sentirme de acuerdo con ustedes en la obra semejante de creación que la *Unión Latino-Americana* está operando para Hispano América. Cordial y fraternalmente suyo.

(f) Waldo Frank

HACÍA ya tres horas que galopaba sin descansar, seguido de mi mozo, por aquel camino que se me hacía interminable. El polvo, un sol de tres de la tarde en todo el rigor de Enero, el mismo sudor que inundaba a mi fatigado caballo, me producían una ansia devoradora de llegar, de llegar pronto.

Me volví impaciente hacia el muchacho que me acompañaba, diciéndole:

—Pero al fin ¿dónde está ese tal don Daniel Rubio?

—Es allí cerquita, a la vuelta de aquella alameda, me contestó, haciendo un lento signo con la mano y sin dejar de galopar.

A ambos lados del camino se extendían grandes potreros sin agua, cubiertos de un pastillo blanco que hería la vista, y donde los rayos del sol reverberaban con fuerza. A lo lejos, la enorme mole violácea de los Andes, despojada de sus nieves, emergía con violenta claridad sobre un cielo sin nubes, pálido y brillante.

Y yo, inclinado sobre mi caballo, pensaba con desaliento en que ese viaje se convertía en un verdadero sacrificio.

En aquella época, mi padre, aprovechando mis ocios de vacaciones, ocupábame, de cuando en cuando, en contratarle bueyes para el trabajo de la próxima siembra. Y yo cumplía tales comisiones con placer, porque ellas me permitían emprender largas correrías a caballo por los alrededores. Muchos de estos viajes me proporcionaron la oportunidad de hacer más de una visita bien agradable para mis ilusiones de veinte años; varias veces regresé de estas peregrinaciones sintiendo no sé qué dulce nostalgia en el corazón, a la que tal vez no era extraña cierta cabellera negra o rubia que divisara, a la despedida, en el corredor, a través de la reja y los naranjos de una casa de campo... Según las informaciones que había tomado la víspera, don Daniel Rubio, a cuyo fundo me dirigía, era soltero; y en su casa nada había que pudiera halagar mis expectativas sentimentales.

De esta certidumbre provenían tal vez mi cansancio y mi mal humor.

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácaras, pastales de trébol, animales vacunos, aguas corrientes... De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel— me dijo el mozo.

Y yo me interesaba, contemplando el buen cultivo de la tierra, la excelencia de los cierros, mil pequeños detalles que revelaban la vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuadras tiene el fundo?— pregunté al mozo.

—Trescientas cuadras regadas. Principió arrendando, y ahora con su trabajo ha comprado estas tierras— me contestó.

Llegábamos ya al fin de la alameda, y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaba una huerta de hortalizas y un edificio, con esa arquitectu-

## La señora

A Antonio Bórquez Solar



Mujeres

Madera de Amighetti

ectura sencilla y primitiva, peculiar en nuestras antiguas construcciones campesinas: enorme techo de tejas, bajas murallas, anchos y sombríos corredores.

—Aquí es— me dijo el mozo, y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que daba a un caminito bordeado de acacias.

En el fondo de este camino, bajo la sombra de una ramada, al lado de un caballo ensillado, veíase un hombre con la cabeza inclinada, ocupado, al parecer, en arreglar una correa de la brida.

A pesar de los furiosos ladridos de un perro que salió a recibirnos y que mi mozo se esforzaba en espantar, el hombre continuaba afanado en su trabajo.

—¿Don Daniel Rubio está en casa?— pregunté con voz fuerte.

El hombre alzó la cabeza, fijó en nosotros una mirada tranquila y me contestó sosegadamente, con cierta reticencia:

—Con él habla...

Quien así me respondía era un individuo alto, obeso, poderosamente constituido. Representaba de cuarenta y cinco a cincuenta años, y vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos de diablo fuerte, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas que parecía cristalizada, mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraña. Contemplando esta fisonomía, involuntariamente me pasó por la cabeza esta frase vulgar: «No me gustaría en-

contrarme con este sujeto por un camino solitario.»

—Nos han dado noticias que tenía bueyes—le dije.

—Sí, hay algunos— me contestó con indiferencia, volviendo el rostro a un lado.

—¿Podríamos verlos?— agregué.

Por toda respuesta tomó las riendas del caballo, que a su lado estaba, subió rápidamente y, seguido de nosotros, se dirigió al interior del fundo.

Durante nuestra excursión por los potreros, tuve ocasión de observar que mi acompañante era persona inteligente, en todo lo que a campo se refería; y esto lo demostró más de una vez en el curso de la conversación que sostuvimos con motivo del negocio de los bueyes. Sus modales eran rudos, como de hombre de pocas letras; sus palabras breves y terminantes; pero, a través de toda esta exterioridad poco agradable, había en su persona no sé qué aire de honradez y de seriedad que, insensiblemente inspiraba respeto, ya que no simpatía.

Por fin el negocio se arregló satisfactoriamente, y la noche caía ya en el horizonte, cuando regresamos a la casa.

—Todo lo que usted ha visto lo he formado yo con estas manos— dijo don Daniel, respondiendo a mis felicitaciones por el buen pie en que veía su hacienda.

—Usted se quedará a alojar— agregó; e interrumpiendo mis excusas llamó a un trabajador que por ahí andaba, ordenándole que desensillara los caballos. Y, después, me dijo:

—No se apure, que hay donde tender los huesos. Pero antes que todo, vamos a mascar algo, que ya es hora; y nos dirigimos a la casa.

Después de atravesar el oscuro corredor, entramos a una pieza que daba al pasadizo y que servía de comedor.

La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza. No parecía aquel un comedor de soltero. Aquí y allá, sobre el mantel immaculado, había grandes maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar: el vino brillaba en las garrafas de vidrio, y en las paredes ví diferentes estampas de santos que no dejaron de llamarme la atención.

A una indicación de don Daniel, me senté sin cumplimiento a la mesa; pero luego tuve que ponerme de pie precipitadamente, porque frente a mí se abrió una puerta y entró una persona. Era una anciana de cabellos blancos y elevada estatura, vestida de negro.

Me hizo una ceremoniosa reverencia, mientras don Daniel nos presentaba:

—La señora Carmen Mancilla, el señor...

En seguida ella se sentó a la cabecera de la mesa.

Yo observaba con interés a la recién venida.

En su rostro extenuado y pálido, con esa palidez luminosa de algunas personas extremadamente ancianas, en su hundida boca, en su fina nariz aguileña, en

sus grandes ojos claros, vagaba una expresión de dulce tranquilidad. Parecía sonreír a cierto alegre pensamiento interior, mientras servía trabajosamente la sopa con sus largas manos temblorosas, donde resaltaban las venas y los nervios.

Se detuvo un instante, contemplándome curiosamente, como si buscara un tema de conversación, y, por fin, me dijo con una vocesita cascada:

—El señor, si no he oído mal, se llama (aquí dijo mi nombre) y debe ser pariente de los señores... (nombró a unos tíos abuelos míos, enterrados antes de mi nacimiento.)

Al escuchar mi respuesta afirmativa, continuó con gran animación:

—Yo les conocí mucho cuando eran solteros... venían siempre a casa de mi marido. Entonces recibíamos mucha gente. ¡Qué alegres eran! Daniel ¿te acuerdas del baile que dió el gobernador? Pero, es verdad, tú no estabas con nosotros todavía. Bailamos hasta el amanecer, y en el corredor quemaban voladores. Recuerdo que a mí me hicieron bailar *cueca*. Pero entonces los jóvenes eran muy corteses... Sus tíos, siempre que venían a vernos, nos traían grandes regalos...

Mientras la señora hablaba así, don Daniel la contemplaba con aire cohibido y obsecuente, echándose en silencio los bocados y sirviéndose, a cada instante grandes vasos de vino. La única pupila que podía mover estaba inquieta, húmeda y brillante, y parecía decirme: —Escúchela con atención que vale la pena.

Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de miramientos dirigiéndome signos de inteligencia, como indicándome que esa conversación sólo nosotros podíamos comprenderla.

De repente me dijo:

—¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno se casó en Santiago, y que ha tenido muchos hijos.

—¡Han muerto todos, señora, hace muchos años!

Al escuchar estas palabras, me contempló estupefacta, suspiró hondamente, se puso la palma de la mano en la barba, inclinó su cabeza blanca y pareció abismarse en sus reflexiones.

A medida que la comida llegaba a su fin, hacíase más notable el contraste que formaban los modales finos, insinuantes, casi aristocráticos de esa viejecita, con los desmañados y selváticos de mi huésped. Observé que el rostro de éste estaba encendido por las frecuentes libaciones y que poco a poco salía de su mutismo hablando de diferentes tópicos.

Por fin, la anciana se levantó de su asiento y me tendió su fría y descarnada mano, diciéndome:

—Usted se queda esta noche. Voy a arreglar algo allá adentro... En seguida volvió hacia mi huésped e inclinándose a su oído, le dijo en voz baja:

—No bebas mucho. Cuidado con las enfermedades...

Cuando ella salió, el tosco y moreno semblante de don Daniel parecía iluminarse con una sonrisa, sus pupilas se veían dulcemente y sus gruesos labios temblaban como si deseara decirme algo. Comprendí que el vino principiaba a

hacer su efecto. Al fin, rompí el silencio diciéndole:

—¿La señora no es su madre?

—No.

—¿Su parienta tal vez? Y perdone...

Don Daniel aproximó en silencio una botella, llenó hasta los bordes los vasos, bebió el suyo de un sorbo, y, limpiándose los labios, contestó:

—No, señor, la persona que usted ha visto no es mi madre, ni mi parienta, es la señora, la señora de esta casa—concluyó con un acento en que vibraba cierto orgullo indefinible, dando un ligero golpe sobre la mesa.

Después se pasó la mano por la cabeza como indeciso, y mirándome fijamente, con aire resuelto, siguió diciendo:

—Como usted lo ha de saber al fin, si es que ya no lo sabe, voy a contarle lo que hay en esto. Y para principiar le diré que yo, aquí donde usted me ve, no he conocido padre ni madre; soy de esos que nacen en cualquier parte, sin saber cómo. Hasta la edad de siete años lo he pasado por ahí, como los perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndole a ella y a sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla en la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la escuela, porque era una señora como ahora no las hay. Después yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que me vino a mano: se necesitaba un albañil, allí estaba yo; se necesitaba un herrero, pues a buscarme; y así fui formando mi capitalito. Eso sí, no me he casado nunca, porque las mujeres... en fin, no hablemos de ellas. Pasaron los años y los años; y yo siempre iba a ver a mi señora, llevándole cualquier regalito. Al fin su marido murió y sus hijos se casaron. El caballero había sido gastador, como caballero que era, y no dejó casi

nada. Después los pleitos, los tinterillos y todo lo demás que usted sabe, fueron llevándose lo poco que quedaba, y aquí tiene usted a mi señora sin tener un mal pan que llevar a la boca. Yo, que estaba arrendando entonces este fundo, que después fué mío, sabiendo que ella estaba en casa de una amiga, digamos como de limosna, me fuí allá, me presenté y le dije: —Señora, no permito que usted ande sufriendo. Véngase a su casa, a la casa de *su chino*, que ahí nada le faltará. Usted será la señora, como siempre lo ha sido. No me desprecie. Y ella se levantó, la pobre vieja y vino y me abrazó llorando, y aquí tengo a mi viejecita hasta que se muera: ella es mi madre, todo lo que tengo en el mundo... Y si yo trabajo y gano algo, es para dárselo a ella!

Al terminar este relato, don Daniel inclinó su gruesa cabeza gris y se cubrió la frente con las manos.

Después se levantó bruscamente, me dirigió una mirada torva y murmuró entre dientes:

—Usted estará cansado y ya es hora de dormir.

Y en silencio fué a indicarme la pieza que se me había preparado.

Al día siguiente desperté temprano. En el corredor oía ruido de espuelas. Me vestí con presteza y salí de mi habitación. Allí estaba don Daniel paseándose.

Tomamos el desayuno hablando de cosas indiferentes. Por fin, me despedí y monté a caballo.

Alegremente cantaban los pájaros. El fresco aire de la mañana parecía infundirme una vida, una fuerza extraña.

Y pensaba vagamente en que tal vez esa alegría, que sentía desbordar en mí con los primeros rayos del sol, la debía a haber estrechado la mano de ese hombre de cuya casa partía.

Federico Gana

(De la obra *Cuentos*. Edit. NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1926.)

## Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Prosigue la Editorial *Cenit*, Madrid, con sus sorprendentes ediciones. Del Gerente, Sr. Gimenez-Siles, acabamos de recibir estas obras:

Ernesto Glaeser: *Los que teníamos doce años*. Novela de la guerra. Trad. del alemán por W. Rocés. Edit. *Cenit*. Madrid. 1929.

Valentín Kataev: *El desfalco*. Edit. *Cenit*. Madrid.

Raimundo Geiger: *Cuentos judíos*. Trad. del francés por J. G. Gorkin. Edit. *Cenit*. Madrid. 1929.

León Trotski: *La Revolución desfigurada*. Versión castellana de J. G. Gorkin. Edit. *Cenit*. Madrid.

Nuestro insigne y muy apreciado don Alberto Brenes Córdoba, ha tenido la fineza de darnos un ejemplar de su

*Historia del Derecho*. Segunda edición. San José, Costa Rica.

La Escuela Normal de Costa Rica ya

tiene también su Revista. Un mensuario chiquito:

*Revista de la Escuela Normal*. Heredia.

Nos llega el número uno. Basta que la empresa esté en manos de Carlos Luis Sáenz y de Rafael Cortés, para que llegue a ser de seriedad y provecho. Sorprende, y es reveladora, la mucha colaboración de los alumnos. Prosigan, muchachos. Si no hay continuidad, la cosa no pasa de gesticulaciones y ruidos, algo que no conviene.

Del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal, sección *Anales y Legislación Escolar*, Montevideo, nos llega la

Memoria de Instrucción Pública correspondiente al año 1928, presentada al Consejo Nacional de Enseñanza por su Presidente, Eduardo Acevedo. Montevideo. 1929.

Nutrida e interesante lectura. En ella se registra el famoso proyecto del Dr. Carlos Vaz Ferreira sobre Parques Escolares. Helo aquí:

Supongamos que los niños de «una ciudad», —sea de ésta,— salen de mañana de sus casas como para ir a la escuela. Y por allí cerca encuentran, no una escuela (ahí, en la misma ciudad), sino un tranvía que los lleva a un gran parque donde están las escuelas «urbanas». De tarde, el tranvía los vuelve a traer a la ciudad. Et... c'est tout! En este momento me interrumpen con el pensamiento todos ustedes: Sí; ya sabemos: todo muy conocido; escuelas en el campo; escuelas en los parques, en las florestas, en las playas; las escuelas con jardines y huertos; las escuelas de enfermos al aire libre; las instituciones de enseñanza anglo-sajonas... Eso es conocido: se hace o se preconiza. Ese es el «mal entendido». El que no deja «ver» mi proyecto. No: no es eso: Lo que se hace en muchas partes, y se preconiza en todas (y es, por lo demás, excelente; pero es otra cosa), es esto: escuelas en el campo «para los niños que viven en el campo», o escuelas en el campo «para los niños que se llevan a vivir al campo». Se instala una escuela en un parque público, o en una playa, para los niños «que viven allí alrededor»; o bien «se mandan» grupos de niños a una floresta, a una playa (niños enfermos o niños tutelados por el Estado, expósitos, anormales, lo que sea), o a hacerlos vivir allí (en internados, colonias), etc. Lo mío sería esta otra cosa, distinta, y simplísima: la escuela en el campo, para los niños de la ciudad,—todos,— que siguen viviendo en la ciudad.

¿Qué se hace? ¿Cómo? Se adquiere un gran terreno suburbano, en lo posible ya plantado en parte; imaginémoslo un parque hecho con unas cuantas de nuestras grandes quintas contiguas y con campo libre anexo: algo parecido al Prado, un poco más lejos. Se completan y adaptan las plantaciones: etc. Y, allí, el parque escolar. Donde habría: Un gran número de edificios parciales, o más bien dicho, grupos de salas de clase, con lo esencialísimo en utilaje y anexos. Y algunos edificios generales (que se necesitan muy pocos: gimnasio y baños; laboratorios y museos generales; alguno de asistencia para accidentes, examen médico, etc., y muy pocos más, con uno general de administración). Si se consigue percibir que esto «es otra cosa» diferente de todo aquello de que siempre se está hablando, y si se entiende lo que es, aparecen dos objeciones: la del tiempo y la del dinero.

La *Foreign Policy Association* de Nueva York saca quincenalmente unos folletos muy interesantes. Acabamos de recibir el N.º 15 del Vol. V:

*Outling Naval Bases*, bay William T. Stone.

La Comisión de Límites de Guatemala prosigue sus publicaciones. Nos llega la N.º 18 del tomo III:

*Límites entre Guatemala y Honduras*. Mapas olvidados por la Sra. Williams en el Informe que redactó, por encargo de los representantes de Honduras en la mediación de 1918-1919, y que apoyan los derechos de Guatemala. Guatemala. Setiembre de 1929.

Eduardo Uribe acaba de sacar su tercera obra poética:

*Jazz-Criolla*. Editorial *Minerva*. Buenos Aires. 1929.

La leeremos con interés especial.

La Universidad Popular de Guatemala ha editado y distribuido profusamente dos trabajos famosos de Masferrer en un solo folleto:

*Leer y escribir y La cultura por medio del libro*. Guatemala. Junio de 1929.

Con esta recomendación: Lea Ud. este libro y divulgue sus ideas.

El Secretariado del Caribe del *Socorro Rojo Internacional* ha circulado este folleto:

*La justice de classe bourgeoise dans la lutte contre les mouvements revolutionnaires des travailleurs, des minorités nationales, des peuples coloniaux et semi-coloniaux*.

De nuestra fina amiga Evelia Valdés, Habana, hemos recibido un ejemplar de la novela *Los inmorales*, de Carlos Loveira. La Habana. 1919.

El editor de las Editions *Le Livre Libre*, de París, nos ha remitido esta obra:

*Juan-Pablo Echague et le developpement des relations franco-argentines*. Opiniones de Rene Doumic, Gustave Lanson, E. Martineche, Max Daireaux, Paul Souday, F. García Calderón, etc., etc.

De los autores:

Alejandro Magrassi (Balcarce 240. Lomas de Zamora. F. C. S. Rep. Argentina):

*Coraje*. Ilustraciones de Juan Laporte. Buenos Aires. 1929.

Augusto Arias: *Mariana de Jesús*. Quito. MCMXXIX. Con un prólogo de Labriolle (J. M. Velasco Ibarra.)

Julio Aráuz: *La Facultad de Filosofía, Letras y Pedagogía*. Quito. 1929.

Carlos Sabat Ercasty. (San Salvador 1647. Montevideo. Uruguay):

*Los juegos de la frente*. Montevideo. MCMXXIX

Eliás Castelnuovo: *Teatro. Animas benditas En nombre del Cristo. Los señalados*. 1929.

Sociedad de Publicaciones *El Inca*. Buenos Aires.

Julio V. González: *La emancipación de la Universidad*. Contribución al estudio de un nuevo régimen de enseñanza pública superior en la Argentina. Prólogo del Dr. Juan Carlos Rébora. Buenos Aires. 1929.

Agustín Venturino, Buenos Aires: *Sociología Chilena*. Con comparaciones argentinas y mejicanas. Las colonizaciones de España y de Inglaterra y las revoluciones de América. Editorial *Cervantes*. Barcelona. MCMXXIX.

Alice Lardé de Venturino; Buenos Aires: *El Nuevo Mundo Polar*. Edit. *Cervantes*. Barcelona. 1929.

Armand Godoy: *Páginas Escogidas*. Trad. de Eduardo Avilés Ramírez. Prefacio de Jean Royère. Editions *Excelsior*. 27, quai de la Tournelle, París.

Esta traducción que el poeta Eduardo Avilés Ramírez ha hecho de *Páginas Escogidas*, de Armand Godoy, amplificará el radio de una poesía sugerente y suave cuya celebridad rápida no puede ser discutida.

Es por el ritmo que una poesía se universaliza. La polirritmia es un zodiaco mental. Jean Royère, que ha escrito el prefacio de este volumen, ha definido el *musicismo* como un arte de quintaesencia y no es dudoso que la versión española de los poemas de Armand Godoy acusa esta sinfonía musicista, doblada del acento místico de las sonoridades.

Eso depende del genio del cruce de dos lenguas. Recitando en alta voz los poemas que componen este libro, primero en el texto original, después en la suntuosa adaptación que ha hecho Avilés Ramírez, se constatará experimentalmente lo que es una composición rítmica que ha alcanzado su apogeo.

(Extractos y otras referencias, se darán en próximas entregas).

## El triunfo de la fiera

= Página tomada del libro en prensa *Vibraciones y Recuerdos* =

Para Luis Dobles Segreda

**Antaño.**—Es un sangriento combate en el inmenso anfiteatro. Roma Imperial de fiesta! De las selvas germanas y los desiertos de Libia liegan esclavos los fuertes guerreros uncidos al carro del Vencedor. Son carne inmolante del espectáculo cruento. Cien puertas rechinan y se abren dándoles paso al palenque. Llenan los aires mil cantos marciales en loor al Nerón que sube a un estrado de oro y marfil. Las manos del pueblo que puebla el recinto saludan al César, bendicen al Circo!... Crujen las jaulas de hierro; rugen los tigres de Hircania, y raudos cual flechas y fieros cual diablos, ahí se avalanzan y brincan y rasgan la entraña robusta de los gladiadores!... El hombre resiste; el bruto acomete; la lucha se empeña; la sangre empurpura la arena... y la muerte triunfante, burlando la vida, enciende una antorcha al Dolor!

...—¿Dónde está Dios?

\* \* \*

**Ogaño.**—Es en el estadium de la fabril Chicago. Dos membrudos gigantes, cual bronce del gladeátor, muestran al público sus biceps de acero. Titanes de una raza que ahí mide el coraje, son ellos pugilistas que se aprestan a la lid! El estruendo de una trompa silencia el algareo... Parte pronto una señal...; y electrizando la emoción de cien mil espectadores, trábase el encuentro; chasquean los manotazos; tritúranse los hue-

sos y riégase la sangre a borbollón! Vibran los aplausos! Enciéndese la Euménide: los puños son martillos, los pechos son adargas y diente de pantera el corazón. Atenázanse y ahogan con brazo destructor. Precipítanse iracundos. Detiéndense jadeantes. Parecen escorpiones que se ensamblan y devoran; o indómitos veraguas que se embisten y se aplastan... Ya óyense los ayes lastimeros de la fiera en la trágica apoteosis del boxeo!!

Agitado y descompuesto, ya un atleta tambalea: la manaza del contrario descoyúntale la acción; sangre vierte por doquiera; gritos lanza de dolor... y así lidia sobre el *ring* frente al púgil vencedor. Mas precisa todavía que la lucha no concluya, que aún se hieran y atosiguen para darse la ultimada y ceñirse el cinturón.

Vigoroso y resistente, sigue el otro la pelea; acomete incompasivo y en tremendo mojicón, tumba al débil sobre el suelo... — como a muerto le abandonan— cuentan todos diez segundos, y proclámase *el knock out!* Lluéven dólares y aplausos; cien mil almas se estremecen; los cinemas reproducen; repercuten las radiolas; loco el Orbe se alborozaba; ya es de Dempsey la victoria...! Hoy la fuerza está en *el ring* y Cristo en una Cruz!

...—¿Dónde está Dios?

J. Fernández Montúfar

Costa Rica.

EL espíritu sin el cuerpo no existe, como tampoco el pensamiento sin la forma. Si el pensamiento y el espíritu de Walt Whitman han de mantenerse como factores de nuestra vida americana, fuerza será que encarnen, que se incorporen realmente en el ser de la experiencia americana. Estas celebraciones de nuestro poeta son, por lo menos, el comienzo de semejante acto de encarnación.

Es muy alentador para nosotros saber que del suelo americano puede brotar un alma de tanta grandeza—tal vez la mente más profunda y de mayor fuerza creadora que haya aparecido en todo el siglo XIX.

Pero por muy grato que ello pueda sernos, por mucho que corrobore nuestra fe en la potencialidad de nuestra tierra, no debe ser fuente de fácil complacencia ni llevar a ninguna satisfacción candorosa. Porque la verdad es que Whitman aparece tan solitario en esta América de hoy como lo fué en la América de 1860. Su grande obra no ha sido asimilada de ninguna manera esencial por el pensamiento americano, por la literatura ni la vida intelectual americanas. El espíritu de Walt Whitman se ha incorporado mucho más en las expresiones modernas de Alemania y de Francia, que no en las de su país nativo.

Y si nos sentimos orgullosos de que haya nacido en América no estaría mal que nos avergonzáramos un poco de que, en tantos años, América haya sido incapaz de acercarse más a su Walt Whitman. Recordemos que la grandeza del pueblo hebreo no se funda en haber producido un Isaías, sino más bien en haberse sabido asimilar a Isaías; en haber hecho, de la grandeza de sus profetas, los huesos y la médula de su propia vida nacional. De suerte que nuestra posesión de Whitman, más que un motivo de vanidad, es para nosotros una responsabilidad: responsabilidad,—cierto,—muy dura de llevar y muy grave.

Whitman pudiera quedarse en la categoría de mero accidente divino en la historia de América. No nos mostremos demasiado seguros y satisfechos de lo contrario: no vaya a ser, que por culpa de ello, el actual estado de cosas se vuelva definitivo. Whitman pudiera haber volcado toda la riqueza de su legado sobre la vida inte-

## Carta whitmaniana

=De *La Vida Literaria*, Buenos Aires.=



Whitman

lectual de otros pueblos (los muchachos de las escuelas primarias de Alemania, Francia, Checoslovaquia, etc., lo conocen ya mejor que muchos estudiantes universitarios), en tanto que América continúa su fácil carrera de habilidades y de éxitos materiales. Porque, en verdad, Whitman aparece más solo en la América de hoy que no lo estuvo en la de 1860. Por 1860, Emerson, Thoreau... y toda la soberbia tradición del Cristianismo anglosajón se mantenían en pleno vigor. Verdad es que todo aquello estaba ya condenado a muerte; pero a despecho de su nobleza, era demasiado local y especial para aspirar a volcarse en las anchuras de nuestro caos de razas. Sólo Whitman era lo bastante vasto, lo bastante atlético, en intelecto y en visión de la vida para medir el parabólico

Waldo Frank

Traducción de Alfonso Reyes

crecimiento de América con el patrón de las actuales promesas de universalismo. Y por eso sólo queda él, y por eso sólo él progresa: maravillosa creación de la potencialidad americana, y al mismo tiempo, irónico testigo entre la mezquindad de las actuales conquistas espirituales de nuestra América.

Yo no considero hoy por hoy a Whitman como una propiedad cultural de América, no; aun no nos lo hemos ganado. Él es más bien, para nosotros, un Desafío. Es un desafío lanzado a nuestras letras, a nuestra crítica, a nuestras instituciones, a todo nuestro sistema social; una norma propuesta para que tratemos de alcanzarla. Otro tanto eran los profetas para los hebreos, y aquel pueblo supo aceptar el desafío. Tratemos nosotros de imitarlo.

Mantengo, pues, que no basta con amar a Whitman con un amor pasivo. Debemos trabajar firme y hondo en la materia del mensaje de Whitman, estudiando su aplicación a nuestras realidades, y sólo así Whitman llegará a ser un bien propio de nuestra cultura. En tal sentido, el grupo que ahora se congrega para el homenaje a Whitman, puede hacer mucho bien y extender la trascendencia de su acto. Yo quisiera que esto cristalizara en algo más dinámico. Me gustaría saber, por ejemplo, que se ha creado una

*Institución Whitman*, bien cimentada, y capaz de ofrecer un premio estimable y una publicación profusa al comentario más importante sobre la obra de Whitman o sobre cualquier aspecto de tal obra, escrito durante el año por un autor americano. Sólo por estos caminos podemos apropiarnos orgánicamente al Poeta; sólo así podrá la esencia de su creación convertirse en nutrición de la futura extirpe de Poetas que Whitman soñó para nuestra tierra... Aunque no sea muy halagüeño, conviene que los americanos nos demos cuenta de que, hasta la hora presente, la interpretación más importante de nuestro gran Vate Nacional ha sido escrita por un francés llamado Bazalgette; y de que las escuelas literarias que más se han apoderado de las enseñanzas de Whitman y de su estética, florecen en París y en Berlín.

CUANDO el compilador del *Zohar* tuvo que arriesgar alguna noticia de su indistinto Dios—divinidad tan pura que ni siquiera el atributo de ser podía sin blasfemia aplicársele—discurrió un modo prodigioso de hacerlo. Escribió que su cara era trescientas setenta veces más ancha que diez mil mundos; entendió que las medidas gigantescas obran ocultación, y que un hecho puede ser invisible de grande. Así el caso de Whitman. Su fuerza es de tan inmediata percepción que sólo percibimos que es fuerte.

La culpa no es sustancialmente de nadie. Los hombres de las diversas Américas permanecemos tan incomunicados—incomunicación que el cinematógrafo, con su directa presenta-

## El otro Whitman

ción de destinos y su no menos directa de voluntades, propende a levantar—que apenas nos conocemos por referencia, contados por Europa. En esos trances, Europa suele ser sinécdoque de París. A París le interesa menos el arte que la política del arte: mírese la tradición pandillera de su literatura y de su pintura, siempre dirigidas por comités y con sus dialectos políticos: uno parlamentario, que habla de las derechas e izquierdas; otro militar, el de las vanguardias y retaguardias. Dicho sea con mayor precisión: les interesa la economía del arte, no sus realizaciones. La economía de los versos de Whitman les fué tan inaudita que no lo conocieron a Whitman. Prefirieron clasificarlo: encomiaron su *licence majestueuse*, le hicieron precursor de los

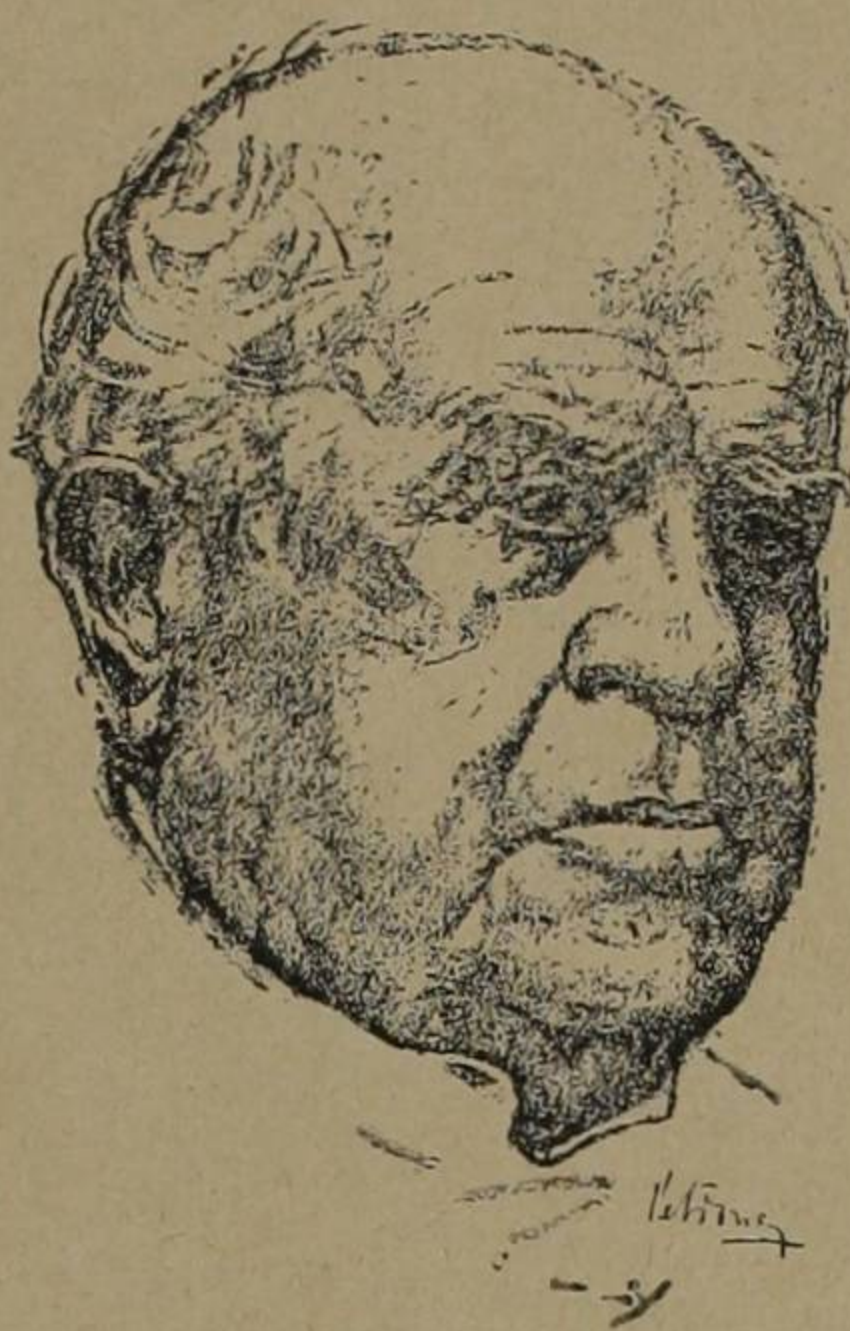
DESDE la primera tentativa constitucional, en aquella Asamblea del año 13 que nos dió el himno y el escudo, tuvimos presente acá el ejemplo de los Estados Unidos. Su federación puso a la nuestra el modelo ideal; pero todos, federales y unitarios, imitaron con noble afán, es decir expresamente, a la democracia de los Estados Unidos, reconociéndole la dirección de la política continental ante las tentativas reconquistadoras del absolutismo europeo. La sinonimia de independencia y república, sintetizó esa política panamericana, entonces que la hubo; y por esto, al entrar en guerra con el Imperio del Brasil, Rivadavia creyó necesario reexponer el concepto de aquella jefatura continental en nombre y representación de la patria.

La tradición de los estadistas argentinos, fué siempre de concordia y de lealtad con la Unión Americana; siendo de advertir a propósito, que nuestra tercera y última guerra nacional, liquidámosla también con un arbitraje de los Estados Unidos. Así quedó vinculada la gran nación a los momentos más solemnes de nuestra historia.

Ninguno de aquellos estadistas comprendió y practicó esa alta amistad mejor que Sarmiento. Por esto quedó como doctrina suya, tendencia tan argentina en verdad. Nadie fué tampoco mejor argentino que Sarmiento, ni más celoso de la dignidad nacional; de suerte que su simpatía por los Estados Unidos, hallaba entre ambas naciones una profunda compatibilidad. Su comprensión superior, que es uno de los atributos del genio, no solamente lo advirtió con exactitud, sino que supo demostrarlo con la adopción afortunada del sistema de educación popular, el espíritu de empresa, el respeto al trabajo, y el concepto de que la libertad es un instrumento útil de bienestar privado y común, más que un derecho abstracto conducente a la negación anárquica de los ideólogos: vale decir el sistema que ha consumado aquella prosperidad y asegurado la nuestra. Cuando estamos con Sarmiento, no sólo continuamos, pues, la tradición de nuestros mejores gobernantes, sino que adoptamos

## La doctrina de Sarmiento

=De La Vida Literaria, Buenos Aires=



Sarmiento

Por Petrone

una doctrina confirmada por el éxito en las dos naciones más adelantadas de América.

Por otra parte, es de sentido común que no puede haber americanismo sin los Estados Unidos; y que intentar constituir dos americanismos rivales a causa del distinto idioma, es una ingenuidad bárbara. Esto proviene a su vez de una inconsecuencia histórica. Cuando los Estados Unidos derrotaron a España, aunque fué esa guerra una cruzada libertadora para emancipar a Cuba, mucha gente de la América latina dejó impresionar por el rencor que naturalmente les quedó a los españoles. Olvidó que para todos nosotros, *independencia* significa esencialmente *América sin España*; que esto acababan de consumarlo los Estados Unidos; y que al entenderlo así el pueblo cubano, su causa, que era la nuestra, vinculábanos mucho más a los Estados Unidos que a España.

Leopoldo Lugones

Quienes pensamos así, fuimos y somos más americanistas que los inventores sentimentales de una comunidad fundada en la derrota: es decir, en lo que lejos de establecer disuelve las congregaciones de pueblos. Y si se piensa además que ante la causa de América fué justa la victoria de la Unión, dar contra ella es un acto de torpeza y de mala voluntad. Cuando, según ocurre por desgracia en más de un caso, hay naciones americanas que aborrecen a los Estados Unidos, siendo, no obstante, sus deudoras morosas en virtud del mal uso que hicieron de su propia soberanía, dicha actitud no puede merecernos consideración, ni menos solidaridad estimulante, porque ello equivaldría a complicarnos en una inmoralidad.

Los pueblos tienen que amar con discernimiento: mejor dicho, sin pasión. Es, desde luego, desatinado y vil, odiar a uno para amar a otro; o dar por buenas las malas acciones, con tal que aprovechen al segundo con perjuicio del primero. Porque el más elevado amor de los pueblos tiene que ser la justicia. Amar a España está bien, y perduran muchos motivos para ello; pero hacer con ello política española en América es una bajeza que reniega la obra de los libertadores, y puede llegar a constituir traición.

Los Estados Unidos tienen muchos defectos, y apenas existirá alguno que no sea duramente criticado allá mismo conforme lo enseña entre otros el propio escritor cuyo arribo celebramos; pero nosotros los tenemos también, y no los corregiremos a buen seguro criticando los ajenos. La buena y útil relación entre los pueblos, consiste en imitarse sus cualidades. Para esto queramos que se conozcan mejor sus pensadores y artistas.

Tal es lo que podríamos llamar la doctrina de Sarmiento. Y si bien se ve, ella resulta la negación del pesimismo. Es de acción y de concordia. Quiere la América completa en un mismo destino de libertad; y lejos de creer que este bien tiene idioma propio, entablando estériles disputas sobre si ha de ser el inglés o el castellano, procura alcanzarlo con doble esfuerzo, cultivándolo en castellano y en inglés.

muchos inventores caseros del verso libre. Además, remedaron la parte más desarmable de su dicción: las complacientes enumeraciones geográficas, históricas y circunstanciales que enfiló Whitman para satisfacer la profecía de 1844 de Emerson, sobre cómo el poeta digno de América tenía que ser. Esos remedos o recuerdos fueron el futurismo, el unanimismo. Esa inclinación labró una falseada imagen de Whitman: la de un poeta meramente saludador y mundial, un insistente Hugo inferido desconsideradamente a los hombres por reiterada vez. Que Whitman en grave número de sus páginas fué esa desdicha, es cosa que no niego; básteme demostrar que en otras mejores fué poeta de un laconismo trémulo y suficiente, hombre de destino comunicado, no proclamado. Ninguna demostración como traducir alguna de sus poesías:

### Once I passed through a populous city

Pasé una vez por una populosa ciudad, estampando para futuro empleo en la mente sus espectáculos, su arquitectura, sus costumbres, sus tradiciones.

Pero ahora de toda esa ciudad me acuerdo sólo de una mujer que encontré casualmente, que me demoró por amor.

Día tras día y noche tras noche estuvimos juntos—todo lo demás hace tiempo que lo he olvidado.

Recuerdo, afirmo, sólo esa mujer que apasionadamente se apegó a mí. Vagamos otra vez, nos queremos, nos separamos otra vez.

Otra vez me tiene de la mano, yo no debo irme,

Yo la veo cerca a mi lado con silenciosos labios, dolida y trémula.

### When I read the book

Cuando leí el libro, la biografía famosa,  
Y esto es entonces (dije yo) lo que el escritor llama la vida de un hombre,  
¿Y así piensa escribir alguno de mí cuando yo esté muerto?  
(Como si alguien pudiera saber algo sobre mi vida;  
Yo mismo suelo pensar que sé poco o nada sobre mi vida real  
Sólo unas cuantas señas, unas cuantas borrosas claves e indicaciones  
Intento, para mi propia información, resolver aquí.)

### When I heard the learned astronomer

Cuando oí al docto astrónomo,  
Cuando me presentaron en columnas las pruebas, los guarismos,  
Cuando me señalaron los mapas y los diagramas, para medir, para dividir y sumar,

Cuando desde mi asiento oí al docto astrónomo que disertaba con mucho aplauso en la cátedra,

Qué prontó me sentí inexplicablemente aturdido y hastiado,

Hasta que escurriéndome afuera me alejé solo.

En el húmedo místico aire de la noche, y de tiempo en tiempo,

Miré en silencio perfecto las estrellas.

Así Walt Whitman. No sé si estará demás indicar—yo recién me fijo—que la dinámica de esas tres confesiones es una revaloración poética de la pobreza, un sentido elogioso de la arbitrariedad y la privación. Simplificación final del recuerdo, inconocibilidad y pudor de nuestro vivir, negación de los esquemas intelectuales y aprecio de las inmediatas noticias de los sentidos, son las respectivas moralidades de esos poemas. Es como si dijera Whitman: Inesperado y elusivo es el mundo, pero su misma contigüencia es una riqueza, ya que ni siquiera podemos determinar lo pobre que somos, ya que todo es regalo. ¿Una lección de la mística de la parquedad, y esa de Norte América?

Una sugestión última. Estoy pensando que el destino de Whitman—hombre humanísimo, simplificado por la ajena visión en mero gigante—es un abreviado símbolo de su patria. La historia mágica de los árboles que tapan el bosque puede servir, invertida mágicamente, para declarar mi intención. Porque una vez hubo una selva tan infinita que nadie recordó que era de árboles; porque entre dos mares hay una nación de hombres tan fuerte que nadie suele recordar que es de hombres. De hombres de humana condición y de criollos.

Jorge Luis Borges

(La Vida Literaria. Buenos Aires)

## Poemas de Walt Whitman

=De la obrita *Poetas Norteamericanos*. I.—Walt Whitman. J. García Monge, editor. San José de Costa Rica. 1922.=

### El hombre imperturbable

Yo soy imperturbable;  
vivo en quietud en la naturaleza;  
dueño de todo, erguido en medio  
de cosas que no piensan, absorto como ellas,  
pasivo, receptivo, silencioso como ellas;  
encontrando mi ocupación, mi pobreza, mi notoriedad,  
mis debilidades y mis crímenes  
menos importantes de lo que antes pensaba.

Yo, hacia el mar mexicano, o en Mannahatta o Tennessee,  
o lejos hacia el Norte o en las tierras del Centro;  
viviendo por los ríos, por haciendas y bosques,  
en Canadá bordeando sus costas y sus lagos.

Viviendo vida propia, sereno en las incertidumbres.  
Cara a cara a la noche, a la tormenta y a las hambres,  
afrontando el ridículo, los accidentes, los fracasos,  
como los animales y los árboles.

### Tomad mis hojas

Tomad mis hojas, América. Tomadlas, Sur, y tomadlas, Norte!  
Cantadles bien venidas en todas partes, porque ellas son vuestra  
propia descendencia,

Recibidlas, Oriente y Occidente! porque en ellas  
estáis vosotros contenidos.

Y vosotros, precedentes! conectaos amorosamente con ellas,  
porque ellas se enlazan amorosamente con vosotros.

Yo canto las épocas pasadas;  
yo me siento a meditar a los pies de los grandes maestros;  
ahora, si mis cantos atraen, oh, que los grandes maestros  
volvieron a estudiar mis canciones!

¿En el nombre de estos Estados, despreciaré lo antiguo?  
Para justificarlo, estos mismos Estados son hijos de lo antiguo.

### ¡Mirad!

Mirad a los *steamers* en mis poemas!  
Mirad en mis poemas las grandes olas de inmigrantes;  
mirad a retaguardia la casucha del indio, los caminos  
del monte, la cabaña del cazador, los botes, el maíz,  
la heredad pobre, la cerca ruda y la aldea perdida,

Mirad, de un lado el mar de occidente, del otro lado  
el mar de oriente, se retiran y avanzan  
en mis poemas como sobre las costas.

Mirad en mis poemas los pastales y selvas,  
mirad los animales salvajes y domésticos—los rebaños  
de búfalos que pastan en los pastos rizados.

Mirad en mis poemas las ciudades sólidas, vastas,  
las ciudades del centro con calles bien pavimentadas,  
con grandes edificios hechos de hierro y piedra.

Mirad tanto vehículo, la inquietud del comercio.

Mirad los infinitos cilindros de las prensas;

mirad los telégrafos eléctricos

que se van alargando por todo el continente.

Mirad el latido de América, alcanzando hasta Europa  
a través de los mares. Mirad como vibrante,  
anuncia su partida la gran locomotora.

Mirad los aradores que cultivan sus campos;

contemplad los mineros que ahondan en las minas;

mirad las infinitas factorías;

la labor del mecánico desde su humilde banco.

—Mirad, de entre estos hombres, en trajes de trabajo,  
han de salir los jueces, presidentes, filósofos.

Miradme a mí, vagando por ciudades y campos  
de estos Estados, bien querido, vagando noche y día...

Escuchad los potentes acordes de mis cantos. Leed...

que más tarde estos mismos poemas que yo forjo

os han de sugerir tantas cosas extrañas.

### Yo escucho el canto de la América

Yo escucho el canto de la América,  
yo oigo sus múltiples canciones,

esas de los mecánicos que son alegres y potentes,

el carpintero canta al medir sus tablones y sus vigas,

el albañil al partir al trabajo y al dejar el trabajo,

desde sus botes los barqueros, los marineros en cubierta,

desde su banco el zapatero; cantan de pie los sombrereros,

y la canción del leñador, del arador en su faena,

el canto dulce de la madre y el de la esposa en sus labores...

Canta la niña cuando lava, canta la niña cuando cose,

cada uno canta lo suyo propio y nada más;

el día canta a la luz del día. Por la noche,

en grupos, los jóvenes, robustos, fraternales

cantan a boca plena sus canciones vigorosas y fuertes.

### A los países extranjeros

Comprendí que pedíais una prueba  
que os explicara el Nuevo Mundo;  
que os definiera América, su democracia atlética,  
como respuesta os mando aquí mis cantos  
para que en ellos halléis lo que pedíais.

Traducción de Arturo Torres Ríoseco

## Mensaje

### de la Sociedad Eugenio María de Hostos de la Universidad de Puerto Rico a la juventud de América Latina por Intermedio de Magda Portal

Embajadora del arte y de las nuevas reivindicaciones  
proletarias, brava Magda Portal, te saludamos. La esencia  
cordial de nuestros afectos fraternales caiga sobre tu corazón  
en un beso de auroras, en una comunión íntima con la fragancia  
de tu alma. Te saludamos para ser amigos y admirarte en el  
empeño que pones por la exaltación de nuestra América y por  
la cristiana belleza de tu arte proletario, universal y humano,  
de hoy y de mañana, por el sentimiento y la verdad.

Ha tiempo que ansiamos un intercambio conceptual con  
los pueblos hermanos; una correspondencia fraternal y fructífera  
que encienda en todos la emoción que nos haga solidarios en  
la consecución de una superior finalidad como raza. El ambiente  
de indiferentismo en que estamos calcados y este espíritu indolente  
y perezoso que heredamos de nuestra vieja raza melancólica,  
nos ha sumido en una despreocupa-

ción criminal y vergonzante respecto a nuestros problemas fundamentales, y hoy ya no somos hermanos sino por una particular idiosincrasia. Falta el empeño colectivo y la energía vital positiva y bien encaminada que nos despoje de nuestra enervante laxitud femenina y nos lleve a la consolidación de todos nuestros anhelos en una acción inteligente y creadora que nos liberte.

No es difícil conseguir ese empeño fraterno. Vemos en vosotros, espíritus internacionales, almas de solidaridad y concordia, la más tangente posibilidad, el más eficaz medio de hacer posible ese intercambio intelectual y esa reciprocidad de afectos.

La Sociedad Eugenio María de Hostos de la Universidad de Puerto Rico, con una vendimia ideológica madurada al calor de nuevos ideales y nutrida en la fuente de los grandes que fueron, háse impuesto la noble misión de hacer que valgan y que priven, en la medida de sus fuerzas, la hermandad suprema en el esfuerzo, la armonía benefactora que haga posible el florecimiento de todos los ideales de justicia y democracia, dentro de las normas de una noble cultura, fomentando la discusión científica, de problemas vitales tal cual son los sociológicos, políticos, literarios. De ahí el que esta Sociedad se interese por los temas fundamentales de nuestra América y que desee una íntima comunidad con vosotros, los paladines más valerosos y gallardos, interesados en la más noble de las causas sociales: la liberación del proletariado envilecido y aniquilado hasta la saciedad por los sentimientos egoístas de las clases burguesas y la política absorbente de la plutocracia yanqui. Con vosotros estaremos en toda noble acometida, prestando la fuerza redentora de nuestra juventud ansiosa de lucha y ávida de ver que en nuestra América Latina brille la meridiana luz de las reivindicaciones sociales.

Cuando partáis a tierras lejanas, decid a nuestros hermanos que aquí vive una juventud inteligente y buena que ansía la solidaridad con vosotros, la comunión íntima y armónica de espíritus entre los pueblos de América Latina, para así vinculados, lanzarnos a la lucha por la consecución de nuestro objetivo definitivo como una sola unidad social.

*Feliberto Vázquez.*

Universidad de Puerto Rico.

(Mensaje leído en la última conferencia dictada por Magda Portal América Latina frente al imperialismo en la Universidad de Puerto Rico.)

## El ideal emancipador de Puerto Rico

PUERTO RICO, maravillosa isla de ensueño, bañada por un mar eternamente azul, copia de uno de los cielos más bellos de América. Yo imagino a Puerto Rico a través del recuerdo, como un paisaje de postal, casi creado por la fantasía, casi inexistente. Jardín de las Antillas, esta isla de América vive una vida lánguida, bajo la sombra de sus airosas palmeras reales, decoración de su bellezanativa. Amurallada por el mar, la isla sueña un ideal imposible. Junto al tipo netamente americano, el puertorriqueño de sangre, pacífico, trabajador, sencillito, al jíbaro de los campos cafeteros y azucareros, se levanta el exotismo de toda una raza intrusa que ha venido a la isla atraída por la fertilidad del suelo tropical, por la pasividad de los trabajadores, por la belleza del paisaje, bueno para salvarse a modo de vacaciones, de la agitada, turbulenta y gris vida neoyorquina. Un buen amigo mío, puertorriqueño de corazón, pero invadido de pesimismo ante la suerte de la isla, me decía: «Pasarán los años y mientras se siga agitando en los demás pueblos de América Latina el ideal emancipador, desde los aeroplanos, Puerto Rico dará esta sensación carcelaria: un sólo gran *trust* yanqui que habrá uniformado a los trabajadores, que desde arriba se verán a rayas azules o rojas, con su número en la espalda, trabajando en los campos, de café o de azúcar. Ya no habrá individuos con nombre propio, sino con números. Los rebeldes se habrán marchado, los conformes se habrán plegado y ostentarán, felices, su número. Puerto Rico no tiene salvación. Desgraciadamente es una isla bloqueada de un mar que no nos pertenece. ¡Ah, si pudiéramos arrimarla hacia el Sur!»

La historia de Puerto Rico es breve y sencillamente trágica. La guerra de los Estados Unidos de N. A. con España

obligó a ésta última a ceder como botín la isla de Puerto Rico a los Estados Unidos. Antes, Puerto Rico, influido de ideas libertarias, pretendió su independencia que disfrutó escasamente un año. El triunfo de los yanquis y la tutela abusiva de la «Madre España» entregaron al vencedor el tributo de guerra. España cedió la isla como se cede un puñado de monedas o una hacienda, sin fijarse en la voluntad de los puertorriqueños que querían ser libres. Desde entonces los yanquis, que ya habían iniciado su poderío en el mar Caribe, cogieron la isla como un magnífico lugar de estrategia naval y, ahora, aérea. De otro lado, el suelo riquísimo de la isla era magnífico aliciente para los capitalistas, que empezaron a invadirla desarrollando la siembra del café y del azúcar, y destruyendo todo otro producto agrícola. Hoy la isla entera pertenece a media docena de corporaciones americanas—yanquis—azucareras o cafeteras, y tabacaleras. Puerto Rico es una isla de trabajadores sujeta a la explotación de un puñado de yanquis. El jíbaro pasó de su condición de pequeño agricultor de frutos menores—frijoles, legumbres, hortalizas, etc.—a peón de las corporaciones. Haciendo un cálculo aproximado, un puertorriqueño me indicaba el mapa de la isla, donde apenas quedaba un 10 % de superficie en poder de propietarios nativos. Desde luego, la enorme población de la isla para subvenir a su consumo tiene que importar absolutamente todos los productos de los Estados Unidos, con lo cual ha sobrevenido un encarecimiento excesivo de la vida. El *standard* de vida del puertorriqueño en su isla es igual al de New York, sin contar por supuesto con las ventajas del *comfort* neoyorquino. De otro lado sus condiciones de vida son infinitamente inferiores a cualesquier trabajador de la Unión Norteamericana. Puerto Rico no es un estado de la Unión, sino simplemente un dominio colonial, con un gobernador despótico, generalmente gran propietario de la isla, siempre yanqui, que no puede comprender ni importar las verdaderas necesidades de ese pueblo. Sistemadamente el amo ha iniciado el descastamiento de las masas. Se ha impuesto el idioma inglés. Por todas partes letreros en inglés obligan a los más ignorantes a aprenderse la jerga extranjera. «Que aprendan nuestro idioma para que puedan entenderse con nosotros», dicen los conquistadores. En las Escuelas públicas desde el primer año de estudios primarios, se impone el inglés y los niños son castigados si durante sus juegos, pronuncian siquiera sea una sola palabra en español. Existe conjuntamente con los elementos propiamente yanquis, una clase de individuos—hombres y mujeres,—felices del progresivo y despectivo yanquizamiento, los *petit yanquis* que son más excesivos aún que los propios americanos. Estos ayudan la labor de los Comisionados y Gobernadores, con servicios que los mismos agentes americanos desprecian. El yanquizante puertorriqueño es un tipo de servilismo cobarde y adulón tratado altivamente por la tradicional grosería yanqui. Políticos y

**JOHN M. KEITH & Co., Inc.**  
SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

**Cajas Registradoras "National"**

The National Cash Register Co.

**Máquinas de Contabilidad "Burroughs"**

Burroughs Adding Machine Co.

**Máquinas de Escribir "Royal"**

Royal Typewriter Co., Inc.

**Muebles de Acero y Equipo para Oficinas**

Globe Wernicke Co.

**Implementos de Goma**

United States Rubber Co.

**Maquinaria en General**

James M. Motley, New York

**JOHN M. KEITH**  
Socio Gerente

**RAMÓN RAMÍREZ A.**  
Socio Gerente

falsos líderes cuya sola pretensión es el mangoneo de la política interna, contribuyen a que los Estados Unidos consideren cada vez con mayor desprecio a la isla, que sólo mantienen como buena para sus fines utilitarios. No hace mucho el Ministro Mr. Good ante las pretensiones puertorriqueñas de que se nombrara un Gobernador de la isla, nativo, respondió en frase insultante, que le daba asco pensar en que Puerto Rico pudiera nombrarse un Gobernador propio. Mr. Good tenía, dolorosamente, razón. Porque se trata nada menos que de elevar a Gobernador a tipos que por sus manejos en los negocios del país, merecerían la cárcel. Y Mr. Good lo sabía bien. Estos los yanquizantes. Los que le hacen el juego a los intereses del capitalismo explotador del puertorriqueño. Pero no son así todos los hombres de esa isla. Felizmente hay un sector honrado a quien no seduce el puesto—el cheque, se dice por allá—obtenido en alguna dependencia del Gobierno o el puesto en los propios Estados Unidos, gratificación a servicios especiales, con los que se corrompe a la juventud puertorriqueña.

Una serie de demostraciones, de alertas, de voces aisladas, pero altivas me llegan de Puerto Rico. Ellas vienen a confirmarme en mi esperanza. No todos son serviles, no todos están contaminados. No todos están ilusionados por el «progreso yanquí», que lleva lujosas escuelas, valiosos capitolios, mientras el jíbaro se muere de hambre sobre su suelo cálido que no le pertenece. Lógicamente las clases de arriba y las medias, quieren el yanquizamiento por el «progreso», pero aquellos a quienes nada significa la lujosa escuela, ni el Capitolio de mármol, antiestético y excesivo para una isla esclavizada, protestan. ¿Cómo protestar en Puerto Rico? Pues por medio de vibrantes palabras, por medio de organizaciones liberadoras, de partidos políticos independentistas. El amo es fuerte y casi no teme las explosiones de los nativos. Pero ellas mantienen un cierto estado de alarma en el Departamento de Washington y agitan a los que han aceptado su servidumbre sin esperanzas. La situación de Puerto Rico, su constante protesta figura en el Departamento de Negocios Insulares, cuidadosamente clasificado. Y allí deben estar los manifiestos últimos lanzados por la gente más joven y más pura de la isla, llamando a los puertorriqueños a la acción liberadora, que se viene agitando cada vez más vigorosa en estos últimos meses.

¿Será al fin libre la hermosa isla latinoamericana?—La suerte de las Antillas depende en mucho de la suerte de toda

la América Latina. Unidad, solidaridad económica y política, serán los únicos baluartes de liberación de nuestros pueblos. Y así las Antillas no quedarán en la condición de lugares de veraneo de los millonarios yanquis que vienen a vernos como a animales raros, con sus kodaks atrevidas y sus lujos que nos avergüenzan, mientras nuestros jíbaros y nuestros guajiros lloran su miseria «al son del tiple y la guitarra».

Ojalá que no sea tarde, cuando esos pocos kilómetros de tierra puertorriqueña hayan pasado a las corporaciones yanquis, y se haya cumplido el vaticinio amargo de mi ilustre amigo borinqueño, que América Latina sea una en el ideal emancipador y dentro de esa unidad esté la isla de Puerto Rico. Mientras tanto una fuerte esperanza nos hace creer que todavía no han claudicado todos los hombres, que existe una generación noble y generosa llamada a sacrificarlo todo para salvar su isla de la codicia imperialista.

Magda Portal.

## J. M. Keith

### Una modalidad espiritual suya

Para Repertorio, a quien él quiso.

Hoy, dos de noviembre, en que los vivos recuerdan a sus muertos y cuando a los recuerdos de los seres queridos que faltan, anudan los pensamientos abstractos sobre la muerte y también los concretos sobre la desaparición de sí mismos, quebrems la regla y en homenaje a la memoria venerada de J. M. KEITH, tratemos de revivir una modalidad de su espíritu generoso, que a buen seguro pocos sospechan... se trata de ideas de biólogo.

Antes de exponer sus propias ideas con respecto a tres problemas fundamentales que interesan a la biología intertropical americana y que citaremos a título de ejemplo, recordemos que fué un admirador ferviente de SCHIMPER, cuyas obras prestó, sin que se las devolvieran, tres veces consecutivas, y siempre las repuso; que su biblioteca guardó excelentes revistas de botánica y que muy a menudo nos envió revistas de biología con capítulos marcados por él y que juzgó útiles a nuestros trabajos. Por su intermedio conseguimos obras de ediciones agotadas que no existían en el comercio pero que influyentes amigos suyos pudieron procurarle. Por último, recordemos que recibimos un libro de biología filipina, obsequio suyo, que nos llegó después de muerto. Su benevolencia a nuestros estudios alcanzó, pues, un indiscutible «más allá de la tumba».

Veamos ahora sus puntos de vista:

**1. Influencia de la rotación de la tierra sobre la fertilidad.**—A primera vista pareciera muy aventurado atribuir a la rotación de la tierra alguna influencia sobre el depósito de sedimentos orgánicos que arrastran los ríos, pero es el caso que en las regiones ecuatoriales, el camino seguido por las diversas localidades al girar la tierra sobre sí misma en su rotación diurna es suficientemente intenso para provocar en los ríos que corren de N. a S. o viceversa, una mayor sedimentación del lado O., donde las partículas van depositándose por inercia y constituyendo un constante aporte de materias fertilizantes en la vega Oeste del río, de la cual la otra ribera se convierte en tributaria. Los ejemplos abundan y la explicación será fácilmente aceptada cuando digamos que los trenes rápidos de las regiones del Norte frecuentemente descarrilan hacia el E. si van para el Norte y al Oeste si van hacia el Sur. Todo ello debido a la rotación de la Tierra y las fuerzas de la inercia.

**2. Días y noches iguales son perjudiciales a muchos cultivos.**—En nuestras regiones los días y las noches tienen durante todo el año, prácticamente, la misma duración a diferencia de los países extratropicales en que los días del verano, *en que cuajan los frutos*, son mucho más largos que las noches y tanto más largos cuanto más lejos del Ecuador nos encontremos. Estos hechos habían poderosamente llamado la atención de Mr. J. M. KEITH y supuso con notable clarividencia que cada planta debía tener un óptimum



**El traje hace al caballero  
y lo caracteriza**

y

**La Sastrería**

**La Colombiana**

de Francisco A. Gómez Z.

**le hace el vestido**

en pagos semanales, mensuales  
o al contado.

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses. Operarios  
competentes para la confec-  
ción de trajes.

**Haga una visita y se convencerá**

**Calle del Tranvía**

50 varas al Este de "El Cometa",  
frente a Luis Vanni

**San José. C. R.—Teléfono 3283**

de luz necesario para su perfecto desarrollo y abundante floración y fructificación. Nos encargó estudiar el caso, y habiéndolo así efectuado encontramos en la literatura especial botánica, no solamente que tenía razón, sino que el trigo que en Noruega ha llegado a dar hasta tres cosechas por año, necesita para tener un óptimum de desarrollo, que las horas de luz vayan aumentando a medida que crece la planta, y lo cual no puede obtenerse sino en los países que tienen bien marcadas sus cuatro estaciones. La perspicacia de quien nos ocupa había adivinado la verdad al observar las hojas, las flores y los frutos que crecen a la luz y los que están a la sombra.

**3. El problema social de la América tropical tiene que resolverse en Africa.**—Si nosotros consideramos los principales productos americanos: café, bananos y caña de azúcar, por ejemplo, pronto vemos que nos vienen los primeros del Africa y el último de Asia. En cuanto a los otros productos primordiales, entre los cuales el caucho figura en primera línea, hemos de darnos cuenta que también el otro hemisferio los produce, así de los agaves y otros textiles lo mismo que los pastos y forrajes. Es decir, como campos agrícolas pueden compararse la América tropical y

el Africa y por lo tanto, en el presente y sobre todo en el futuro, competirán en la venta de sus productos cuyas calidades podrán equipararse.

En cuanto a los labradores, el problema es totalmente diferente. En Africa, negros semi desnudos, esclavos o semi esclavos, de mentalidad infantil, viviendo aún su prehistoria, se contentan con casi nada y sus gastos son mínimos. En América el labrador blanco o mestizo tiene un número mayor de necesidades en ropa, alimentación, utensilios, etc., su trabajo tiene que ser más caro y ello encarece los productos que cultive o que salgan de sus manos, restringiendo por lo tanto el mercado de su venta.

El día que el Africa esté civilizada, en que los negros no se cuenten por cabezas, y despierten a la voz de los tiempos, su trabajo deberá ser mejor remunerado, los productos que salgan del Africa aumentarán en valor, y así veremos nosotros a nuestros productos mejorar también de precio y al peón exigir (porque entonces podrá exigir) el salario justo por su trabajo.

Así veremos cumplirse la paradójica expresión de Mr. KEITH: «En Africa se juega nuestro porvenir.»

C. Picado T.

2 - XI - 929.

## Cartas cruzadas entre la Célula del Apra en París y el Lic. don Víctor Guardia Quirós

París 25 de Setiembre de 1929.

Señor Licenciado

Don Víctor Guardia Quirós.

Cooperativa Bananera

San José de Costa Rica.

América Central. Sector del Caribe.

Conocedores los apristas de París de las admirables campañas realizadas en Costa Rica en defensa de la soberanía nacional y de su riqueza pública, no hemos querido silenciar un saludo cordial y un voto de simpatía para quien como Ud. incansablemente desde la prensa ha sabido alentar, estimular y enseñar en instantes en que el aliento, el estímulo y la enseñanza fueron necesarios. Si algún aliado útil en la causa emancipadora de nuestra América podremos encontrar, ninguno mejor que el publicista. En países como los nuestros donde la ignorancia domina, los problemas nacionales muchas veces no son resueltos tanto por incapacidad, complicidad o interés, como por ignorancia. De modo que, mediante una labor honesta de divulgación desde la cátedra, la tribuna o la prensa muchas veces, ahí donde es permitido educar, hablar o escribir libremente, el pueblo tiene ya ganada una gran parte de la batalla, por cuanto al enfilar en los ejércitos de la opinión pública o de los partidos políticos, lo hace conscientemente, sabiamente. El periodista, como el pedagogo, como el hombre de ciencia es así el más valioso soldado y el más responsable. Ud. batallando incansable día a día en favor de Costa Rica libre contra compañías extranjeras monopolizadoras no sólo de la vida de nuestros conciudadanos, de nuestra riqueza, sino también de nuestras libertades políticas, acaba de dar un ejemplo a los publicistas, periodistas, pedagogos, hombres de ciencia o de política que consideran más cómoda la torre de marfil y encasillan su pensamiento en aquella polilla de siglos que arruina tanto libro de biblioteca y tanto cerebro inteligente. Por eso nuestra palabra cordial, nuestra voz de aliento, también, y nuestra esperanza de verlo siempre anti-imperialista y defensor de los altos intereses de su país.

En esa ardua jornada, que debemos llamar nuestra, sabemos que Ud. no se encuentra solo, ni aislado. Por el contrario, los apristas entusiastas de Costa Rica, quienes tienen responsabilidades históricas que cumplir desde su Centro de Estudios Económicos y desde sus puestos de combate; los obreros y campesinos que logren comprender nuestra hora e interpretar el verdadero sentido de su acción; los maestros y maestras de escuelas; los universitarios y estudiantes, los intelectuales, pequeños propietarios, pequeños comerciantes y artesanos conscientes del peligro que inminente crece cada vez más, en su avance expansionista y en sus siembras de tragedia y desolación, devastando ciudades, comprando gobernantes, engañando gentes, serán camaradas seguros. Y así como nosotros aquí luchamos brazo a brazo por la redención de nuestros pueblos y el triunfo de una nueva cultura, desde este frente *nacional-autónomo-renovador* que es el Apra—Alianza Popular Revolucionaria Americana—convencidos de que nuestra siembra no queda infecunda; así allá Ud. tiene trascendentes deberes que cumplir con el mismo coraje y el mismo afán con que ha sabido estudiar el caso de la United Fruit Company en Costa Rica y preveer con éxito los peligros inmediatos y futuros para la soberanía y propia independencia de Costa Rica. Nuestra hora es una hora histórica. Si perdemos un minuto el yanqui nos devora. Costa Rica pertenece al sector más peligroso como zona de avance imperialista, el sector del Caribe. Si quienes conocen los medios de engaño con que el enemigo osa conquistar nuestras conciencias, el propio peligro, permanecen indiferentes, sin realizar labor alguna en pro de su conocimiento por el pueblo: estamos en marcha, hacia la esclavitud y el sojuzgamiento de nuestros pueblos; por cuanto la entrega será pacífica y la conquista será una estrella más para el imperialismo. Pero, si quienes conocemos bien nuestras responsabilidades y el peligro, nos organizamos disciplinadamente en una acción conjunta contra el enemigo de nuestras libertades y formamos un gran ejército libertador que vigile en la batalla, de todas las horas nuestros destinos, nuestra riqueza y nuestra soberanía, el fin será otro,

por cuanto la victoria significará el triunfo de la gran bandera que comprende todos nuestros pueblos desde río Grande hasta Cabo de Hornos, para afirmar un nuevo centro de justicia. No dudamos que Ud. incansable ya, batallador siempre, sabrá mantenerse en su puesto *contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los pueblos de América, para la realización de la Justicia social.*

En esta seguridad créanos, compañeros y amigos por el triunfo de Apra.

Por el Departamento de Propaganda.—Sector del Caribe.

Luis E. Heysen,  
Secretario General.

Luis E. Enriquez

Gerardo Loaiza

Alfredo González Willis

San José, Costa Rica, Noviembre 5 de 1929.

Señor Ingeniero don Luis E. Heysen  
Secretario General de Apra

(Célula de París)

París

Señor Secretario:

Acuso recibo de la nota que con fecha 25 de Setiembre último se sirvió usted dirigirme, en unión de los señores don Luis E. Enriquez, don Alfredo González Willis y don Gerardo Loaiza, actuando Usted como Secretario General de Apra—en la célula de París—y sus compañeros en representación del Departamento de Propaganda del Sector del Caribe.

No sientan de fijo a mi modesta labor,—realizada tan de puertas adentro en Costa Rica,—las palabras de encomio en que ustedes le atribuyen cierto valor, como esfuerzo endilgado hacia la defensa racial anti-imperialista; si bien es cierto que quien hoy se cuida de fueros e intereses patrios,—por limitados que parezcan,—vela también indirectamente por la integridad continental indo-latina, expuesta en todas partes al rigor de las mismas asechanzas, al cálculo sórdido de las mismas depredaciones. Con lo que quiero decir que si por lo circunscrito de mis afanes no me siento acreedor al homenaje que ustedes me tributan, he de acogerlo, no obstante, como estímulo de perseverancia en una tarea que aunque pequeña, no deja de guardar cierta proporción con el gran empeño cifrado en la salud de veinte pueblos, hermanos por el destino y por la sangre.

A más de que son afines por naturaleza los males que aquejan a esos pueblos en el dominio de su autonomía económica y los que se ciernen sobre sus soberanías políticas, son por igual manera idénticas las causas generadoras de esos males.

¿Y cuáles son esas causas coetáneas?

Pues bien, y ya que el aplauso de ustedes no sólo me exhorta a proseguir en mi refriega local y casuista contra el *trust* bananero que opera en el Caribe, sino también a considerar las cosas, por emulación, desde un plano más alto y más vasto,—me veo en el caso de adelantar sobre tales causas una impresión, que aunque no del todo personal, no he visto hasta la vez muy compartida; y que me separa un poco de la ideología *exclusivamente* anti-imperialista. Pienso que el gran propulsor del avance económico y político que medra y se expande cada día más entre nosotros, no está fuera de nosotros, sino adentro; que es más criollo que otra cosa.

Muy natural me parece y de condición muy humana el impulso expansionista de las naciones, buscando cada una a prevalecer sobre las otras. Mientras no se acuda a medios coercitivos o subrepticios, esa lucha por la existencia y el predominio de las grandes entidades no es otra cosa a derechas que la misma lucha individual, en la que triunfa a la postre la fuerza legítima de la eficiencia. Por ahí el expansionismo de carácter regular y pacífico no es dañino, sino más bien un factor de progreso mundial, al que nos opondríamos en vano y en mala hora.

El expansionismo contra el cual debemos enfrentarnos en América Latina,—no siendo el agente de riqueza y civilización,—no es otro entonces que el que se practica mediante la presión de las armas, o el nacido al margen de concesiones y privilegios.

Ahora bien, reparen Ustedes en que al evento de las dobles lesiones recibidas de manos de este expansionismo voraz y proditorio, ha correspondido siempre la acción de nuestros gobiernos, como elemento precursor unas veces, y otras justificando o favoreciendo la manobra.

Los motivos de retorsión, los brotes de sojuzgamiento,—salvo en el caso cruel de la reparación de guerra infligida a la República de Méjico,—hay que buscarlos, según se infiere, dentro y no fuera de nosotros mismos.

¿A nombre de qué razones o principios podríamos clamar en buena moral contra una conquista que hemos provocado o que acuerpamos?...

Pasan de mil, a ciencia cierta, las concesiones *entreguistas* otorgadas por los corrompidos gobiernos de nuestra América Latina a los banqueros y traficantes norteamericanos, sin que en ello entre por nada la férula del Gobierno de la Casa Blanca, ya que todas ellas son hijas, a secas, de la orientación administrativa débil o concupiscente que rige la conducta de nuestros políticos bizantinos.

He ahí el origen por excelencia de la invasión nórdica, en lo que ella tiene de perjudicial: la pusilanimidad o la venalidad de nuestras clases dirigentes. No es que yo exculpe a quienes ofrecen un premio al peculado; pero debemos convenir en que pecan en menor grado los que perjudican intereses que no estaban obligados a guardar, que aquellos que al perjudicarlos traicionan al pueblo que les dió su custodia, e igualmente incurrir en perfidia contra el alma de su raza.

No creo, al sentir del eminente apóstol Vasconcelos, que sea el alfabetismo el llamado a

curarnos de las roñas que padecemos, desde que ellas nos vienen en su mayor parte de las gentes mejor preparadas en artes de gobierno. Ni tampoco espero, como Gabriela Mistral, la insigne pensadora, a que la liberación de nuestras lacerias, de nuestras enfermedades del alma y el cuerpo se realice lentamente, a favor del «cruce bendito con sangres enérgicas», desde que esa renovación centenaria no se aviene con las premiosas exigencias de la actualidad. Encuentro que hay soluciones más prácticas y de más momento: más bien que de una creación, se trata de una depuración. Es saneamiento y no fuerza ni enseñanza lo que más urge en el presente.

En mí sentir el *Apra* pierde todo el celo que invierta en buscar las raíces de los agravios que combate fuera del propio solar de nuestras nacionalidades,—aparte de que no haríamos otra cosa que ladrar a la luna si pretendiéramos contener con lirismos el alud que ha contribuido a precipitar los directores de esas mismas nacionalidades.

Es contra ellos que debemos marchar, en un solo frente unido: contra los malvados criollos que baratean el patrimonio de nuestros pueblos, a cambio del favor de los poderosos. Para combatir y aniquilar a esos hombres funestos no nos ha de faltar sabiduría; ni hemos de buscar los arrestos que esa empresa demanda en otra sangre que la propia.

El día en que desaparezcan de la escena de los negocios públicos los caudillos de entorchados y los ávidos doctores sin conciencia, que ofrecen tierras, sin ventajas, al mercader extranjero sobre el esfuerzo nacional, ese día y no antes quedaremos redimidos del vasallaje en que vivimos.

Dejemos al tiempo y a la selección natural el mejoramiento paulatino y pausado de nues-

tro vigor racial; y acudamos enseguida a cauterizar las lacras que nos vienen consumiendo. A esta necesidad del todo perentoria es a la que debemos aprontar el esfuerzo del presente, si no queremos malograr los fines de un destino ulterior. Antes que de las evocaciones de un lejano porvenir, debe cuidarse el organismo enfermo de recobrar su fuerza y su salud.

\*\*\*

Aprista soy y lo seré sobre el terreno que busca la redención continental,—por encima de todo,—en el perfeccionamiento social doméstico, a como haya lugar y por todos los caminos del bien público. Del fárrago de mis proyectos de ley y mis prédicas no se podrá recoger una sola palabra que lesione el derecho de gentes, ni siquiera los intereses creados al calor de las malas andanzas del pasado, desde que nada juzgo de tan mal linaje como el desacato a las normas que obligan, por malas que fueran en el orden moral y en el positivo.

La previsión y el correctivo son a mi juicio las buenas armas de nuestra cruzada nacionalista-continental.

Si en toda nuestra América se organizara una campaña solidaria contra los políticos vende-patrias, contra el concesionismo, contra los empréstitos; si se efectuaran reformas constitucionales dirigidas a esos fines, coartando las facultades de disposición de los gobiernos y las cámaras; y si se lograra hacer luz suficiente en el espíritu de nuestros pueblos para que no toleren la subasta de su hacienda, habríamos dado por fin un paso en firme hacia la manumisión que anhelamos. Por otros caminos no haremos más que dar coces en el aguijón.

En nombre de ese credo que profeso, me es grato reiterar a ustedes y sus compañeros mi devoción constante a la causa, y ofrecerles la expresión de mis consideraciones personales,

Víctor Guardia Quirós

## El Popol-Vuh

LA inquietud de espíritu que la postguerra trajo a Europa ha ofrecido, por contraste, un afán restaurador distinto; y particularmente a América la experiencia de una actividad modernizante del problema que llamaríamos los aborígenes teológicos de la raza. En tanto el Viejo Mundo comprende el Universo *relativo*, el de Colón trata de olvidar las normas clásicas de la filosofía para intuir su verdad del equilibrio emotivo de las cosas: investiga en su prehistoria el axioma de la vida y sienta en sus leyes una comprobación científica exacta.

Es el objeto de este escrito decir cómo adquieren nota de modernidad y atractivo las civilizaciones de los Maya Quichés o Mejicanos del Norte, de los Caribes y Maipures en el centro y de los Aucas y Quichuas o Peruanos al Sur. (Y sobretodo de los Mejicanos y Peruanos.) Y como un monumento teológico y literario como el *Popol-Vuh* surge a la luz como genuina obra americana de carácter moral. Pues, de esencia y redacción originales, este códice, al par que habla de la creación del Mundo como si fuera las Suras de un Alcorán, comenta la civilización o mejoramiento de los hombres,—atribuyéndolo unas veces al Dios Supremo, y otras, a los héroes

o legisladores primitivos. Cuestiones que dan al *Popol-Vuh* importancia y modernidad reales y que ofrecen campo a la investigación como un elemento complementario de cualquier reconstrucción histórica que se trate de hacer. Descubierto y traducido por el P. Francisco Ximenez a fines del siglo XVIII, tiene para la América decisiva importancia por cuanto resuelve el problema religioso ante-columbiano y sin duda resolverá, cuando el caso llegue, la incógnita de nuestra *indología* y de nuestro arranque aborigen. De otra parte, escrito en una lengua armoniosa, sus cláusulas ofrecen el dato estético de un arte avanzado que es efecto de un pertinaz idear y sentir y de un esfuerzo de cultura metódica. Se ha dicho, por ejemplo, que el episodio de Hunahpu y Xbalanqué, aventaja en armonía, claridad y pulcritud al griego sublime de Platón, de Píndaro, el lírico, y de Teócrito; y eso dará base para sentar los puntos de una manifestación cumbre desconocida entre nosotros.

El «manuscrito de Chichicastenango» espera un americanista versado en las lenguas maya, quiché y nahuatl; un cerebro sistematizador como el de Tai-

(Pasa a la página 288).

*Estrella Valley!* Mitad indio, mitad yanqui. Vamos para allá. Es lunes, día de tren. Todavía el Valle goza del privilegio de un tren local. Pensábamos regresar miércoles, pero ha quedado suprimido el servicio de transporte de ese día. La United Fruit Co., dueña de los destinos económicos de esta ex-comarca, sabe bien qué resortes ha de mover para reducirla a la ruina que alarme y suelte muchas tarabillas. Una facilidad de transporte menos, de las tres que se disfrutaban por semana, no será muy sentida al principio. Pero después desaparecerán las dos restantes y cada quince días o cada veintidos, la Bananera nos hará la merced de correr un tren. Entonces sí será el llanto y el crujir de dientes. Acojámonos a esta benignidad de la Frutera y visitemos el Valle cómodamente.

Nada de él nos es extraño. *Estrella Valley* es uno de los múltiples latifundios de la Bananera. A un lado y otro del río domina. Ha dejado pequeñas manchas de tierra a particulares para no hacer muy ostensible el acaparamiento. También permitió el establecimiento de un comercio independiente, pero cuando vió que no se le debía dejar crecer mucho, a la salida de una de sus enormes fincas y en las vecindades del comerciante osado, levantó edificio y acomodó mercancía. Después, por toda la extensión del Valle, no asoma venta alguna que no sea la que ella abre y surte. ¿Quién podrá competir con la Bananera que controla el medio de transporte y la topografía de *Estrella Valley*? El comercio aquí está en sus manos. Y los hombres que viven en la región también están a su merced. De aquí el hibridismo de su nombre.

Y tiene el Valle un nombre mitológico en una de sus fincas. Es *Pandora*, como la hija de Vulcano y favorecida de gracias por los dioses. La Bananera es dueña de *Pandora*. ¿Cómo no iba a serlo si precisamente en sus manos está la caja atestada de males? *Pandora* es de la Bananera y como el país se ha levantado virilmente contra esa Compañía proterva, abre ahora muy poco a poco el encierro de todas las desventuras y las sopla en todos los rumbos nacionales en donde puedan causar una conmoción. Las voces oscuras y las voces cavernosas del país están coreando la hazaña de la Bananera. Y piensan las senilidades criollas que hay virtud en la algarabía. Ni siquiera sorprende por lo inesperada. Todo eso es un plan para reducir a una capitulación humillante e indecorosa a Costa Rica. Se conocía desde que la Bananera luchó con todos sus medios y sus poderes para hacer pasar las leyes que ahora le han puesto freno de pederual, tal como a su monopolio convenía. La voz mañosa del político empecinado augura males tan abundantes como las arenas del mar. Y hace a la vez la apología de la Bananera, porque le vendió alambre de púas barato. Sin embargo, esas mentes vetustas no podrán tener ya eco en la conciencia del país. Es claro que esa pregonería la ejercen calculadamente para buscarle asideros a una nueva presidencia. El juego es ma-

## Estampas

La voz cavernaria de las senilidades criollas y los ardides de la Bananera



Madera de Amighetti.

nifiesto y los hombres de honor de la Nación han de convertir su oposición a ese intento en una cuestión de honor nacional. La Bananera puede dar presidencias, pero los ciudadanos decorosos han de levantar el índice condenatorio. ¿Por qué hacer la apología de una Compañía funesta en los precisos momentos en que el país y ella tienen empeñada una lucha a muerte? Es que ya pasaron los días de esplendor en que los apolo-gistas eran hombres de conciencia fuerte. Ahora el país no los escucha y como siguen famélicos de mando y unos alucinados los azuzan, ladean entonces sus cálculos al rumbo opuesto de la popularidad, seguros de que harán el escalamiento. Porque todas esas protestas de retiro y rechazo de candidatura son hechas para que se entienda lo contrario, para que si no son las fuerzas del bien las que se organizan a dar batalla a la presidencia, sean al menos las del mal, que en cogiendo gobierno la vanidad está satisfecha.

La Bananera puede hasta regalar el alambre de púas, si de antemano cuenta con que a la gallera periodística irá a cacarearse la magnanimidad. ¿Qué no ofrece ella a todos los que por su honor o por su posición política constituyen en el país dique o impulso para sus expansiones? Cuando había que imponer la ley que ella necesitaba para perpetuar su vasallaje, organizó plumas y soltó tarabillas. Cuando hay que llenar de cieno esa ley previsora y justa, sangrarla y maltratarla para que de lacerada sea repudiada, pone en pie sus reservas y van ellas sacando con cuchara a veces la condenación, estimulándola francamente otras, pero siempre buscada allí en donde la senilidad ya suena sus alas desgraciadas.

No irá nunca la Bananera a buscar maldición para la ley decorosa en las fuerzas vivas del país. De aquí no saldrá nunca apología para una Compañía que se ha clavado sobre nuestro territorio con ánimo esclavizante. Los hombres nuevos tienen una conciencia clara del porvenir de la Nación y por eso lo defienden con dignidad. La Bananera conoce qué voluntades son susceptibles a la conquista. Insensiblemente por medio de la prensa que ella controla, la va despertando y enfilando hacia sus designios. Pero los tiempos de esos oráculos han pasado. Hay una conciencia nacional

llena de decoro que se encarga de salir al paso a esos fantasmas. La ley que se ha dado para limitar el vasallaje de la Bananera no puede caer. El país tiene empeñado su honor y su salvación. Condenemos la vetustez encargada de levantar la moderna caja de *Pandora* colmada de males que han de penetrar todos los resquicios de la Nación. Opongamos nuestra dignidad de pueblo que quiere libre su autonomía. Esos males concebidos por la Bananera y pregonados cavernosamente por nuestros oráculos, no tendrán nunca, por mucha que sea la ponzoña que los anime, fuerza para convertir en páramo a Costa Rica.

Lo que el ciudadano necesita es llenarse de discernimiento y ante cada una de esas amenazas de bancarrota voca-das por los apolo-gistas de la Bananera, preguntarse, de qué espesor es la hojarasca que la cubre. Medir el poder de defensa del país y oponerlo a la maldad organizada. En presencia de los beneficios que aseguran los apolo-gistas nos trae el comercio de esa Compañía, habrá que examinar si efectivamente los centavos menos del alambre de púas pueden aprovecharlo tanto los finqueros del Pacífico como los del Atlántico. Pero además habrá que saber si esas pichicaterías son dignas de pesarse en los grandes problemas de un pueblo y de los cuales depende su destino. Mentira que la United Fruit Co. ha venido a darnos barato el alambre de púas. Ella ejerce su comercio de alambre de púas nada más con el propósito de constituir otro gran monopolio que supere al del banano. Y desgraciado el país si si lo deja prosperar. Que lo alienten los apolo-gistas, pero sepamos que están haciendo una tarea ruin y malsana.

Para monopolizar el comercio de Costa Rica no necesita la United Fruit Co. nada más que estos demagogos asuman el gobierno y le extiendan su protección. ¿Con qué no cuenta ella para llevar la bancarrota a todo el comercio independiente que se debate en una lucha espantosa sin apolo-gistas que se muestren en la gallera periodística? En los Estados Unidos tiene organizado un sistema de compras y es ella la que se procura la multitud de ventajas de que ningún otro comerciante de por acá puede disfrutar. Es dueña del transporte marítimo y del ferrocarrilero en el interior oriental del país. ¿Qué comerciante podría en las propias bodegas de los barcos de la Bananera, romper por ejemplo, embalajes para dejar escueta la mercadería y librarse de grandes aforos? Sólo ella lo hace y con esto y la serie de ventajas enumeradas y otras de orden político, es que puede ser tan magnánima en la venta de alambre de púas.

Ah, pero las reservas que ahora se enfilan para doblegar la ley castigadora del vasallaje y vigorizadora de la autonomía nacional, no ven males en que la United Fruit Co. se apodere del comercio del país. Qué ciegos somos los costarricenses al mostrarnos desconfiados con una Compañía que, si no ha venido en misión filantrópica, si quiere al menos darnos barato el alambre de

púas! Y más ciegos y bobos somos todavía cuando no nos postramos ante esos pregoneros y los proclamamos estadistas de una modernidad asombrosa y nos desgañitamos pidiendo su regreso al mando. Ellos se sienten Clemenceau en lo que el hombre de Francia tuvo de genial, pero no quieren seguirlo en lo que realmente los salvaría del ridículo, es decir, en retirarse a escribir sus memorias. ¡Desde cuándo están ya jubilados y no se dan por entendidos!

El Valle de la Estrella tiene también su Pandora a quien, como la hora es propicia, obligan a abrir la caja atestada de males. Pero reales o simulados, en el fondo de todos ellos ha de aparecer lo mismo que en la caja mitológica, la esperanza. Con ella se darán los apologistas de la Bananera. Contémplesla entonces, ya que ahora claman que se haga entrega del país. La esperanza ha influido las conciencias de toda la gente nueva de Costa Rica, la que ha luchado por contener el poderío absorbente de la United Fruit Co., la que seguirá luchando por vigorizar las conquistas obtenidas.

Desentrañémonos de nuestra propia vida la defensa que el país necesita en esta hora de trascendencia. Luchemos contra la vetustez ladeada hacia la supuesta incapacidad del país para desenvolver sus propias fuentes de riqueza sin una entrega absoluta de ellas al capital extranjero organizado para la conquista. Hagamos sentir fuertemente nuestro repudio de esa vetustez afirmando un nacionalismo constructivo que se sustenta no en los cálculos mezquinos del político o del pescador de granjerías, sino en la aspiración profunda de una patria de libertad y soberanía irrestrictas. Empeñemos de verdad nuestro honor en acallar esas voces adormiladoras de conciencias. Deben sentir el llamado de la jubilación que hace tiempos les llegó. Que se recluyan a escribir sus memorias, si tanto tienen de semejante sus vidas con las de los políticos jubilados de otras naciones. Pero que no se empecinen más en creer que sus mentes son frescas y están renovadas por las corrientes de civilización que los nuevos tiempos van imponiendo.

Juan del Camino

Limón, Noviembre del 29.

## El Popol-Vuh...

(Viene de la página 286.)

ne,—analítico, audaz y lógico—que al tiempo que ajuste su obra al arte, a la filosofía y a la ciencia propias, explique su exégesis y valor en tres tópicos singulares: raza, medio y momento. Alguien que establezca conclusiones sobre bases lógicas acerca del valor hierático y demótico de esos idiomas; deduciendo particularmente la hermenéutica contenida en las enseñanzas esotéricas del «libro del pueblo». Con eso se llegará a comprobar si en la América hubo o no autóctonos y si las lenguas primitivas que se hablaron fueron invento exclusivo—como se ha dicho—de una casta nacional o inmigrada. El Libro Sagrado de los quichés es sin duda el documento histórico con que cuenta Centro América para vindicarse ante el mundo civilizado desdeñoso. Que cuando de él se haga un estudio completo y comprensivo,

vo, quizás podamos pensar como el orientalista...: que la «Civilización del planeta comenzó con la Raza Roja en América hace cincuenta mil años, cuando aún Europa y Asia, estaban sepultadas bajo las aguas del mar».

Victor M. Cañas

Limón, Agosto de 1929.

## Tablero = 1929 =

Señor, que no muera

*Dieron las ocho de la noche las campanas de la iglesia y su sonido era tan tranquilo que me sorprendí; no comprendía yo cómo podrían sonar con tanta tranquilidad estando mi corazón lleno de la tragedia que nos esperaba... y concebí una esperanza loca y mis labios y mi ser se llenaron con la plegaria: «Señor, que no muera; Señor, que no muera...» Y mi plegaria no fué oída... y murió; no como un mortal sino como un Dios, bendiciendo la vida, comunicando a todos la felicidad de su última hora... «Soy feliz...» Y nuestras almas fuera de nosotros mismos... vibraban en esa hora suprema... y nuestros labios temblorosos repetían, como en ritornelo, «Padre nuestro... hágase tu Voluntad...»*

Marina Rodríguez

Nov. 1. 29.

En Guatemala si se siente apreciada  
y puede trabajar, la Universidad Popular

Guatemala, 12 de Setiembre de 1929

Señor Director de Repertorio Americano,  
San José de Costa Rica.

Muy señor mío:

Por este mismo correo tenemos el gusto de enviarle un ejemplar de *Leer y Escribir* y *La Cultura por medio del libro*, dos magistrales ensayos de Alberto Masferrer que han sido editados en cantidad considerable por cuenta del Gobierno de la República, quien ha tenido a bien encomendarle a la Universidad Popular su conveniente distribución en todo el país.

Convencidos de sus sinceros entusiasmos en favor de la cultura patria y tratándose de un folleto que incuestionablemente contribuirá a divulgar los ideales de educación social que informan el programa de nuestra institución, atentamente le suplicamos se sirva escribir en su importante periódico un comentario sobre el referido folleto, de manera de despertar entre nuestros distintos elementos sociales el interés que es indispensable para organizar en una forma eficiente la campaña antianalfabeta en que estamos empeñados.

De Ud. atento y S.S.

MAX. RENDÓN N.  
(Secretario General)

## INDICE

Legenda aut adquirenda



En estos días han llegado:

Serafin Delmar: <i>El hombre de estos años.</i>	
Poemas.....	¢ 3-00
Fukuyiro Wakatsuki: <i>Tradiciones japonesas</i> .....	0-75
Shakespeare: <i>La vida del Rey Enrique V.</i>	0-75
Shakespeare: <i>A vuestro gusto</i> .....	0-75
Shakespeare: <i>La primera parte del Rey Enrique VI.</i> .....	0-75
Erckmann-Chatrian: <i>Cuentos de orillas del Rhin</i> .....	0-75
Antonio Hepas: <i>De la vida norteamericana.</i> Impresiones frívolas.....	3-50
Alberto Samain: <i>Cuentos</i> .....	4-00
Leopoldo Lugones: <i>Poemas solariegos</i> .....	4-00
<i>La reforma escolar en Francia</i> .....	2-25
Angel Cabrera: <i>Mamíferos marinos</i> .....	1-50
Angel Cabrera: <i>Los animales extinguidos</i> .....	1-50
J. Hessen: <i>Teoría del conocimiento</i> .....	3-50
Conde de Keyserling: <i>Europa</i> .....	10-00
G. Marañón: <i>Los estados intersexuales de la especie humana</i> .....	11-50
Waldo Frank: <i>Nuestra América</i> .....	6-00
S. Ramón y Cajal: <i>Reglas y consejos sobre investigaciones científicas</i> .....	4-50
H. G. Wells: <i>El salvamento de la civilización</i> .....	3-50
José M. Eguren: <i>Poemas</i> .....	4-00

Dirijase al Adm. del Rep. Am.

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa; más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

### CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

### FABRICA:

#### REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

### SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.

## LIBRERÍA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,  
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc., a todos los países en las mejores condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del Repertorio Americano.